

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: EL CRIMEN PERFECTO, por Kingsley Tufts.
 - * ELEGIA (Poema), por Pura del Prado.
 - * DEL TEATRO COSTARRICENSE (Débora, drama de Alfredo Sancho), por Luis Ferrero Acosta.
 - * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora
 - * IMPRESIONES DE UNA VISITA A MEXICO, por Arnold Toynbee.
 - * EL BARRANCO DE LAS BRUJAS, por Modesto Martínez.
 - * Tradiciones costarricenses: UN FILANTROPO ORIGINAL, por Gonzalo Chacón Trejos.
 - * Los libros y los días: LA SONRISA DE ECA DE QUEIROZ, por Ramón Sender.
 - * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.
 - * Y UN HOMENAJE A DON MANUEL DE JESUS JIMENEZ CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO
- San José, Costa Rica, 20 de junio de 1954
N° 102

El Crimen Perfecto

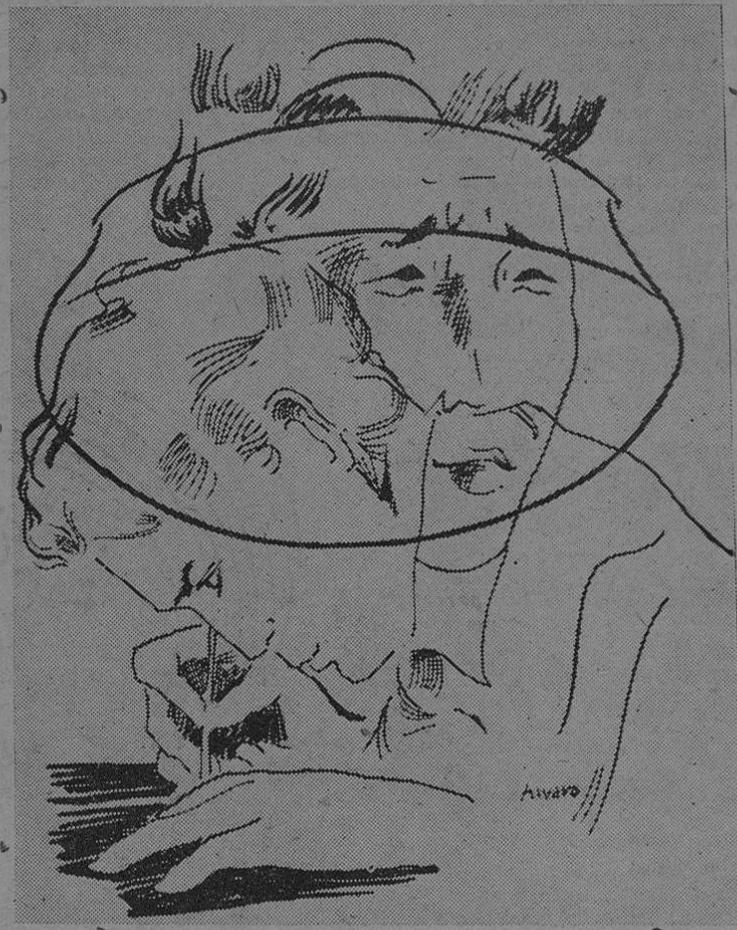
Por Kingsley Tufts

HASTA cumplir catorce años, Poy Quon, lo mismo que otros niños chinos de su edad, no había matado a nadie. Pero, en ese punto de su vida, deliberadamente y con premeditación, decidió dar muerte a un tal Sam Raczka, perteneciente a la clase de álgebra que Miss Adelaide Smith dictaba en la sala seis del Liceo de Kayenta, California.

Poy Quon viajaba en bicicleta a lo largo del camino, envuelto por la neblina matinal, y mirando cómo las gotas de humedad iban reuniéndose en el manubrio niquelado y en el pequeño timbre que, de vez en cuando, hacía sonar, más por el gusto de escucharlo que por avisar a nadie su presencia. Su libro de álgebra iba atado, junto con el de historia y un cuaderno de notas, en la parte trasera del asiento. También llevaba allí un guante para jugar hand ball y su almuerzo. Doblado, en el bolsillo de su chaqueta deportiva estaba el tema para la clase de composición en inglés. Lo había escrito cuidadosamente, acerca de la compra de productos agrícolas en el mercado de Los Angeles, donde su padre, Louis Quon, llenaba cada día su camión con las mejores legumbres. Como la clase de composición en inglés venía a segunda hora, inmediatamente después de la de álgebra, Poy Quon se había preocupado especialmente de que el tema fuera interesante y la puntuación correcta.

No pedaleaba rápidamente, por que había salido de su casa con tiempo holgado para llegar con puntualidad al colegio. Calmadamente, pasó revista a las circunstancias, la provocación y el mecanismo que, posiblemente dentro de media hora, iban a significar la muerte de Sam Raczka. Poy Quon calculó que ella ocurriría entre las 8.10 y las 8.15 de la mañana. Más tarde comprobaría esa suposición con su cronómetro de pulsera.

Los acontecimiento que iban a culminar esa mañana habían ido acumulándose y agravándose desde la Escuela Primaria, en la época en que los Estados Unidos entraron en la Guerra Mundial. Todos los orientales residentes en California eran en aquel tiempo sospechosos, y los Quon no fueron la excepción. Hasta que el gobierno no completó la separación de chinos y japoneses, la familia Quon fué confundida muchas veces.



Un día, en un rincón del patio de la escuela, Sam Raczka derribó a golpes a Poy Quon frente a sus condiscípulos y lo obligó, de rodillas, a besar la bandera norteamericana y jurarle fidelidad. Más tarde, Sam fué castigado, pero no lo bastante. Le molestó el castigo y siguió, posteriormente, sosteniendo que Poy Quon era un japonés.

En los partidos de fútbol, Poy Quon era siempre preciso y hábil. Sam Raczka formaba siempre en el bando opuesto, rápido, brutal y ruidoso. Su rodillas y codos iban siempre a dar a aquellos sitios del cuerpo de Poy Quon en que los golpes podían doler más.

Cuando ambos entraron en el liceo, en el mismo curso, Poy Quon era uno de los mejores alumnos. Sam Raczka, uno de los peores. Poy entró a la reserva del equipo de basquetbol, y Raczka siguió empleando, en los entrenamientos, las mismas tácticas del fútbol. Muchas veces Poy Quon fué sacado de la cancha, lesionado

o sangrando por la nariz.

El día anterior, en el frontón, Sam Raczka lanzó una pelota con todas sus fuerzas, y golpeó a Poy Quon tras una oreja. Quon murmuró unas palabras en chino, y por la tarde encontró destrozadas las llantas de su bicicleta.

Fué entonces cuando decidió matar Sam Raczka.

Unos días después, en la clase de álgebra, encontró la manera de hacerlo. Mirando la parte posterior del grueso cuello de toro de Sam Raczka, se alegró entonces de haber soportado sin protestar todos los golpes y las humillaciones. Los demás discípulos no las habían notado, y, aunque nunca volvió mansamente la otra mejilla, por lo menos las había aceptado con paciencia, evitando en todo lo posible entrar en contacto con Sam Raczka y su pandilla.

Poy Quon decidió, tranquilamente, que el mundo sería mejor si Raczka no existiera.

Sentado en su pupitre, en la

clase de álgebra, se le ocurrió que si el gran globo de vidrio blanco de la lámpara cayera directamente sobre la cabeza de Raczka, le causaría la muerte.

Poy Quon sabía que esos globos se mantienen en su sitio con tres pequeños tornillos que los sujetan por el borde.

Sabía también que el calor expande los cuerpos y dedujo que la base metálica y los tornillos se calentarían más rápidamente y se expandirían más pronto que el globo de vidrio. Si se aflojaran esos tornillos, hasta hacer que sólo sujetaran el globo por una mínima presión, a encenderse la luz, el metal se expandiría, la base se alejaría un poco del globo y arrastraría consigo los tornillos. El globo caería desde el techo y era muy probable que fuera a dar en la cabeza de Raczka, causándole la muerte.

La noche anterior se había reunido el centro de debates del liceo, al cual pertenecía Poy Quon. Durante una discusión, él había salido, al parecer, para dirigirse al baño. Se había colocado los guantes de goma del laboratorio de química y había sacado una escala de tijera del closet del portero. Con ella había entrado en la sala seis. Para no hacer marcas en el suelo, colocó la escalera sobre cuatro de sus libros. Alumbándose con una linterna de bolsillo, subió por la escala y, delicadamente, muy delicadamente, aflojó los tornillos. Tuvo mucho cuidado de no tocar el globo, ni mover el polvo de que estaba cubierto. Al terminar, sopló suavemente, hasta que un poco de polvo cayó sobre los tornillos que él había tocado. Después, sacudió sus libros, devolvió a su lugar la escala y se quitó los guantes de goma. La discusión proseguía cuando regresó a la sala de debates, y nadie lo vió regresar a su puesto.

Ahora, al dirigirse hacia el edificio del liceo, Poy Quon se dijo a sí mismo que su plan no era infalible, sino sólo probable. Era posible que Sam Raczka faltara a clases, o que su cabeza no estuviera en el sitio acostumbrado, o que alguien encendiera la luz antes de tiempo. En ese caso, un accidente es sólo un accidente.

Pero, pensó con agrado, Miss Smith era una persona aferrada a sus costumbres. La clase se sentaría en los puestos habituales, y ella entraría, exactamente a las ocho de la mañana, encendería la luz, saludaría y subiría al estrado. Pasaría lista y en seguida empezaría a interrogar a los alumnos.

Poy Quon dejó su bicicleta en el sitio de costumbre, sacó sus libros, su guante y su almuerzo del lugar en que estaban atados, y entró en el edificio. Al sonar la campana, se unió a sus compañeros y fué empujado por ellos al interior de la sala seis. Uno de los que empujó más fuerte fué Sam Raczka. Debido a la neblina, la sala estaba más oscura que de costumbre. Alguien levantó las cortinas. La luz, como siempre, quedó apagada en espera de Miss Smith. Era ella, al entrar, quien debía encenderla.

Cuando la profesora la encendió, Poy Quon miró su cronómetro. En seguida miró la cabeza de Sam Raczka, inclinada sobre su cuaderno, para ocultar el hecho de que Raczka estaba copiando un problema del cuaderno de un amigo. Poy Quon pensó con satisfacción que ese sería, probablemente, el último problema que Sam Raczka copiaría. Faltaban unos diez minutos, quizá cinco.

Cuando Miss Smith terminó de pasar lista y empezó a interrogar a los alumnos, Poy Quon retuvo un impulso de levantar la mano. Una muchacha, Louise White, dijo que no había podido comprender qué significaba un número imaginario. Miss Smith se levantó y escribió en el pizarrón raíz cuadrada de menos uno.

En ese momento, sucedió.

Poy Quon miró su reloj. Doce minutos y 39 segundos.

Sam Raczka había caído de su asiento. Estaba cubierto de trozos de vidrio. Las niñas gritaron y Miss Smith, vuelta a medias desde el pizarrón, quedó petrificada. La sangre corría desde el cuello de Sam Raczka.

—¡Llamen al doctor Mowry! — grito Miss Smith—. ¡Que alguien llame al doctor Mowry!

Media docena de muchachos salieron corriendo de la clase.

El doctor Mowry llegó corriendo.

—¡Despejen la sala! —ordenó—. Usted —llamó a uno de los alumnos—, ayúdeme.

Poy Quon salió de la sala junto con los otros.

Al pasar por el patio, en espera de que empezara la clase de composición inglesa, sacó el tema del bolsillo. Era interesante y la puntuación estaba correcta, pero le faltaba el dominio de los detalles. Sin duda Miss Parks lo haría notar, agregando que Poy Quon debía ser más observador.

En tercera hora se anunció que Sam Raczka había muerto sin recobrar el conocimiento.

Eso fué lo último que supo Poy Quon del asunto. Dió 25 centavos para una corona de flores. Y no hizo preguntas.

ELEGIA

Sabed de mí luego que muera.
Cuando haya nubes agolpadas
como rebaños de ovejas sin ojos
pastando hierba azul
en los prados del viento;
corriendo entre las piernas
del viejo de barba anaranjada y bastón de oro.
el buen viejo que se ruboriza todas las tardes
y ruboriza al mar y huye
Porque una muchacha blanca se desnuda y le
enseña
su silueta redonda y brilladora,
yo estaré muy contenta debajo de la yerba.

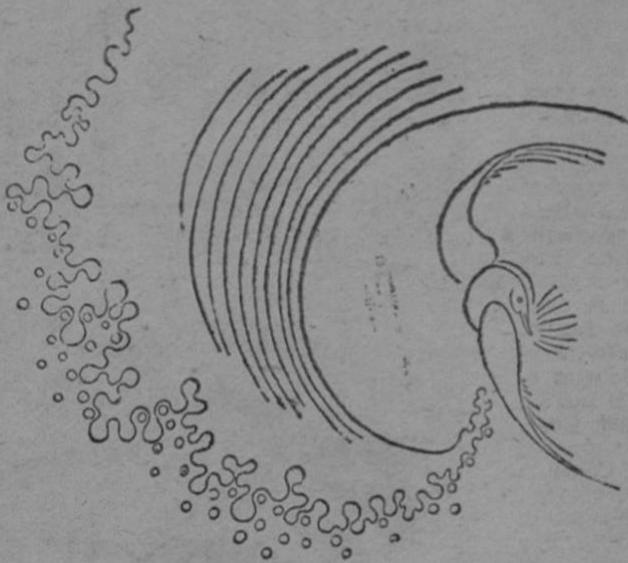
Sabed de mí dormida.
Cuando haya niñas rubias
vestidas de algodón azul,
niñas morenas usando holán limón,
niñas bermejas entre organdies blancos,
niñas negras con túnicas rosadas,
niñas avellanadas con blusas amarillas,
rodando todas alegres
rojos aros con cintas por la arena
en una interminable procesión
de la infancia dichosa
por las playas del mundo,
yo cantaré feliz debajo de la yerba.

Sabed de mí, que amo.
Cuando a la sombra
de toda la arboleda de la tierra,
entre la flor y el pájaro y el aire,
mojadas las mejillas por la llovizna delicada
besen jóvenes puros
a felices muchachas de todos los países,
la ternura asomada
como una libre flor por las ventanas
frágiles de sus ojos,
yo habré de suspirar debajo de la yerba.

Sabed de mí que nunca cacé las mariposas.
Cuando puedan los pájaros
piar embriagados de mañana
sin miedo a los quejidos de las hojas
donde se esconden turbios cazadores,
trotrar potros sin bridas junto a elegantes ciervos,
nadar los pececillos por donde está la espuma
y jugar en las manos de antiguos pescadores;
cuando los jabalíes, los toros y leones
hablen con las palomas,
yo seré libre y mansa debajo de la yerba.

Sabed de mí cuando hasta yo me olvide,
recordadme
cuando los hombres destruyan los cerros,
las llaves, las monedas,
y abran las casas para dormir
sin miedo a lo que trae la sombra,
cuando el diario reposo de la noche
no necesite ataúdes,
cuando las piernas fuertes puedan vagar
por todas
las sendas de la tierra,
cuando todos puedan usar los barcos
y caminar el aire en los aviones sin
identificarse
para acercarse a conocer,
cuando los horizontes sean
cadenas de cabezas de humanos abrazados,
cuando los continentes se sonrían,
cuando todas las manos se hagan señales
para llamarse mutuamente, para ofrecerse
frutos y caminos,
yo sé que crecerá mi corazón
debajo de la yerba.

PURA DEL PRADO



Estampas Poemáticas NUESTRA SEÑORA LA LLUVIA por Jorge Carrera Andrade

Nuestra Señora la Lluvia, madre de las sementeras, viene a visitarnos cada día. Su gran manto gris ondea sobre los tejidos y las calles y su corazón campesino se regocija en los parques públicos, en donde deja olvidadas entre las hojas sus gargantillas de cristal. Madre de los aguaceros y de las tormentas, su prodigalidad excede a todas las esperanzas y, a su paso, se realiza el cotidiano milagro: las calles se convierten en ríos murmuradores, las casas se sumergen en un mar vertical como viviendas submarinas y todos los objetos se aduermen en un sueño de peces...

El día se viste de prioste para recibir a Nuestra Señora la Lluvia que viene por las estribaciones de la Cordillera, en sus andas de nubes, precedida por los relámpagos que ramifican en el cielo su

luz livida como fuegos artificiales de esta Gran Procesión de las Aguas, en la que desfilan todas las congregaciones del mal tiempo, desde las hijas del viento hasta las monjas de la eterna noche. Se descubre, entonces, que los sapos han tomado posiciones en los sitios más estratégicos de la ciudad y se les escucha, por todas partes, clavar apresuradamente los cordeles de la lluvia, como tratando de sujetar para siempre la imagen llorosa de la Madre de las sementeras.

Nuestra Señora la Lluvia, nostálgica y errabunda, hidrópica e igualitaria: Tú tienes el mismo rostro para todos, grandes y pequeños. La misma dádiva cristallina para poderosos y desvalidos. A veces, sueles dar la parte mayor a los menesterosos. Te asomas tímidamente, en puntillas, a

la puerta de las mansiones suntuosas y empañas apenas con tu vaho las vidrieras resplandecientes; mas, penetras sin miramientos a las moradas humildes, forcejeando, llenándolo todo con tu manto gris y haciendo flotar los objetos en un súbito mar, oscuro y misterioso como la muerte...

Tus pasos de cristal se marcan en las aceras y la huella de tu pie aparece en el fango de los jardines y los patios. Golpeas con los nudillos en las goteras — pequeños altares de tu culto, oh Nuestra Señora la Lluvia — y por allí entras clandestinamente a las habitaciones, donde das a los recipientes una lección de sofoite, gran maestra de música, vendedora de jaulas de pájaros.

El paisaje entero, con su verde fondo de Cordillera, y sus rojos tejados irregulares, es como un

lienzo que chorrea, colgado de la cuerda del cielo. Tú lo lavas, Lavandera de ojos azules, celeste Lavandera Mayor, y amontonas sobre las montañas la espuma de las nubes. Las casas lavadas te miran pasar y alejarte con el rumor de seda de los arroyuelos que se deslizan por las calles como la cola susurrante de tu vestido. En las huertas, después del tropical diluvio, irrumpe el canto de algún gallo oxidado. Y, allá lejos, sobre la cumbre, se iza la bandera amarilla de un sol que no se atreve a tomar posesión de la ciudad casi lacustre.

Mas, esa ilusión del sol naciente que no engaña sino a los gallos, dura sólo un momento. Nuestra Señora la Lluvia baja de nuevo desde la Cordillera arrojando sus millares de cuentas de agua, sus rosarios de vidrio que resue-

Del Teatro Costarricense

Débora, drama de Alfredo Sancho

Por Luis Ferrero Acosta

(Publicado en el suplemento dominical de EL NACIONAL, al servicio de México. 28 de marzo de 1954. N° 365 — Segunda Epoca).

Pocos son los que se han atrevido a escribir teatro en Costa Rica, y muy escasas han sido las obras que lograron la escena. Falta tradición. Sin embargo, existen algunos escritores ameritados como sólidos puntuales del teatro costarricense, y entre ellos, en el presente, están Marizancene, escritor muy afrancesado pero vigoroso, y Alfredo Sancho.

De la década 1944 a estas calendas, dos han sido, especialmente, las obras que han provocado encendidos debates: "Débora" (de Alfredo Sancho y "Agua Negra", de Marizancene o Alfredo H. Castro F.

En esta noticula nos concretaremos al aspecto dominante del drama de Sancho que se desarrolla en la época precedente a la conquista de Jerusalén por David. Vibra en este drama la tragedia en un pueblo sojuzgado y más que una unidad coherente, son doce cuadros entrelazados uno con otro, que dan cierta solidez.

"Débora" fué llevada al escenario del Teatro Nacional, en noviembre de 1951, por el Teatro Experimental de Costa Rica, dependencia de la Casa del Artista. Su montaje fué revolucionario y lo dirigió Lucio Ranucci.

Esta obra es de dramatismo enorme. Su origen se funde con la recreación poética de la historia bíblica de Débora. El tema aparece en el libro de Los Jueces, Cap. IV. Alfredo Sancho lo tomó de allí, le dió una interpretación delicada y concibió con él un poético canto al pueblo, de honda envergadura dramática.

Hay en esta obra un entrecruzamiento de ideas filosóficas muy sutil. Es el pueblo que presenta su dolor colectivo y sus inquietudes. La obra está impregnada de esto. Aquí aparece el pueblo, la masa, como en la tragedia griega. Es el gran juez que acusa o absuelve. Es la voz de la conciencia que dice su verdad o su presagio.

Débora se debate en una tragedia amorosa, interpretada así por Sancho para humanizar a esta mujer, para darle esencia terrenal, y posterga la decisión a tomar: en sus manos está el destino de su pueblo. Por un lado Sancho la hace amar profundamente al jefe de los enemigos. Por el otro lado el pueblo clama. Clama con insistencia porque el ca-

neano tiene veinte años de sojuzgarlos. Son veinte años de dominio al pueblo israelita. Al final, la profetisa y juez oye la voz del ángel de Yavé, la conciencia, y actúa como se lo dictan sus sentimientos posponiendo su felicidad personal a la liberación del pueblo de Israel.

Cuando el pueblo actúa y virilmente señala a su juez y profetiza el por qué se debe destruir al enemigo empieza en el drama de Sancho el dramatismo intenso y profundo. Son los dolores e inquietudes colectivas.

Fuimos los primeros en advertir en "Débora" el drama del pueblo, no importa que se denomine peruano, argentino, español, dominicano, nicaragüense, africano o chino, porque pueblo sólo hay uno con diversas denominaciones. Lucha la masa, en esta obra (como sucede también en la realidad) por reafirmar sus derechos inalienables. Expone en este drama sus inquietudes y temores.

Si no, veamos algunos parlamentos, tomados al azar: "Débora, no soportamos más al cananeo. Antes preferimos la destrucción y la muerte". Por la voz de Nasón, un jefe de linaje, clama el pueblo: "Debemos defendernos. Hemos cogido el germen de la guerra. ¿Qué nación oprimida no lo adquiere? Nos dimos cuenta de tenerlo al ver la devastación de nuestras siembras. Así sucede siempre; hay un momento en que el límite de la esclavitud cede a la mansedumbre y resistencia y nos vemos lanzados, de repente, a un enloquecido combate por un designio violento". El cananeo les quitó las herramientas y el trigo cereal cuando estuvo lista la cosecha. Hay inquietudes en Gamaliel cuando se lamenta de haberse quedado sin el sólo azadón de cobre para el cultivo de la tierra: "Estamos en la desolación y la miseria. Un pueblo agricultor, ¿qué hace sin herramientas?" Luego agrega: "aunque las fabricásemos prestos, nuevamente, en unas cuantas horas de presagios funestos, de nada nos serviría, porque sucede que también se ha llevado el cananeo nuestro trigo cereal para el sustento y a éste lo fabrica solamente el ciclo laborioso de la estación y los meses". Es por eso que el pueblo exclama: "Debemos destruirlos brutalmente, antes de que la brutalidad de la miseria nos destruya a todos como a perros". El instinto de conservación vibra en ellos, además de que es justo su reclamo. Pero Abidán presagia fu nestas consecuencias cuando exclama: "Aún no nos han quitado estas manos. Estas manos feroces en circunstancias siniestras, propiedad del santuario y de las eras. Son manos vengativas de labriego y puedes estar cierta que nada hay más temible y peligroso que ellas". El pueblo clama y recuerda a la profetisa y juez que ha visto la violación de sus mujeres y que el cananeo entraba en sus lechos y ellos no podían defenderlas y que cuando "Sísara y todos sus guerreros entraban en la fertilidad de nuestros vientres, los hombres trabajamos la tierra para que se alimentara y se nutriera la baja sensualidad de los infiernos".

Pero el pueblo está decidido a no soportar tanta vileza y tanto oprobio y lanza su grito agorero: "Esa profanación no pasará impunemente. Démosle a Sísara muerte". Veinte años de esclavitud y desasosiego corrompió la voluntad y las

fuerzas, pero el pueblo de Israel tiene ánimos de fuego. Espera tenazmente la palabra de Débora con la seguridad de ir a triunfar en el combate. Mas Débora como juez, aconseja esperar el cumplimiento de la ley. Aquí se divide el pueblo. Acusa y absuelve.

"Tiene razón. Esperemos el cumplimiento de la ley". La parte contraria: "Eso no puede ser. Estamos ya cansados del enemigo cruel. Si es necesario inventaremos la ley. Nos haremos justicia sin Yavé". En el grito doloroso del pueblo que reclama justicia... Es el pueblo que presenta su dolor. Es el sentimiento colectivo el que aparece en los parlamentos precedentes. Es el pueblo que sufre...

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Néé Solano V.



UNO de los más altos y positivos valores que tuvo Costa Rica, fué, indudablemente - el Maestro y Pensador Antonio Zambrana. La crítica llegó a calificarlo como el más brillante de los oradores. En toda reunión de intelectuales, era el Maestro Zambrana el que orientaba y decidía. Cuando a Costa Rica la visitaba un personaje intelectual o político, era Zambrana el escogido para darle la bienvenida.

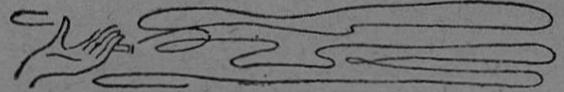
Cuando este hombre ilustre se

encontraba muy grave, casi en estado de agonía, el doctor don Daniel Núñez, su médico de cabecera, pretendía animarle diciéndole:

—"Doctor Zambrana, su pulso es bueno; el corazón palpita normalmente; la calentura ha bajado y casi no hay fiebre".

Entonces, aquella figura gloriosa de las letras, que tanto prestigio a la república con su verbo y con su pluma, con una sonrisa casi a flor de labio, le dijo:

—"En una palabra, doctor, que me voy a morir con mi salud estupenda"...



nan como puñados de semillas sobre las tejas. Y los charcos se forman otra vez, como pequeños santuarios de Nuestra Señora la Lluvia, donde rezan y dicen su misa los sapos vestidos de dalmática. Y las plazas y las calles se convierten en verdaderos sistemas fluviales y hace su aparición el limo fecundante. La humedad, vestida de verde, se asoma por todas partes, hasta en los tejados, con sus vegetaciones imprevistas. Y la luz, prisionera como un pájaro en la jaula gris de la lluvia, revolotea, diciéndonos adiós, de casa en casa, hasta perderse en las montañas últimas.

¡Nuestra Señora la Lluvia, patrona de Quito, madre de los aguaceros y de las tormentas!

fuerzas, pero el pueblo de Israel tiene ánimos de fuego. Espera tenazmente la palabra de Débora con la seguridad de ir a triunfar en el combate. Mas Débora como juez, aconseja esperar el cumplimiento de la ley. Aquí se divide el pueblo. Acusa y absuelve.

"Tiene razón. Esperemos el cumplimiento de la ley". La parte contraria: "Eso no puede ser. Estamos ya cansados del enemigo cruel. Si es necesario inventaremos la ley. Nos haremos justicia sin Yavé". En el grito doloroso del pueblo que reclama justicia... Es el pueblo que presenta su dolor. Es el sentimiento colectivo el que aparece en los parlamentos precedentes. Es el pueblo que sufre...

Alfredo Sancho logra calar muy hondo en el alma de la masa y saca de ella toda la esencia que ennoblece la Humanidad; su de-

seo de libertad. Débora es un magnífico canto al pueblo.

ALFREDO SANCHO COLOMBARI. Escritor y poeta costarricense. Colaborador de Repertorio Americano, Cuadernos Americanos, Diario de Costa Rica, etc. Radicó en México y a su regreso a Costa Rica fundó y dirigió el Teatro Universitario logrando estimular enormemente la afición por el teatro. Luego pasó a dirigir, en colaboración con Lucio Ranucci, el Teatro Experimental de Costa Rica, dependencia de la Casa del Artista. Actualmente es profesor en el Colegio San Luis Gonzaga, Cartago.

Tiene en preparación un estudio sobre Francisco Amighetti, pintor, poeta, xilografista y muralista costarricense. Además de su obra poética tiene inédita "La verdad y otras mentiras" (teatro)

Impresiones de una Visita a México

Por ARNOLD TOYNBEE



Al fines de la primera y principios del verano de este año pasé cinco o seis semanas en México, gracias a una generosa dotación de la Fundación Rockefeller de Nueva York que propició esta gran oportunidad para mí. Visitar México había sido por muchos años una de mis más grandes ilusiones, porque tenía la certeza que esta estancia allí arrojaría luz sobre múltiples asuntos de gran trascendencia para todo aquel que esté interesado en los problemas humanos en general. Yo sabía, por ejemplo, que a partir del inicio de la actual Revolución Mexicana de 1910, los mexicanos han tratado de resolver dos de los principales problemas humanos del mundo contemporáneo: Así, sabía que han hecho activos y continuos esfuerzos para lograr un incremento máximo en la justicia social mayor de la que se ha obtenido hasta ahora por gran número de civilizaciones y, también, que los mexicanos han logrado muchos éxitos en lo que se refiere a resolver los problemas que se plantean cuando personas de diferentes grupos étnicos conviven como habitantes de una misma nación. Por otro lado me propuse ver personalmente las civilizaciones que en México alcanzan su esplendor y ocaso antes de la llegada de los conquistadores españoles, porque las culturas precolombinas del Nuevo Mundo son particularmente interesantes para todo aquel que desee hacer un estudio de la civilización mediante el método comparativo. En el Viejo Mundo, las civilizaciones lo cales se han encontrado y mezclado desde los primeros estadios de su historia, pero aquí, en el Nuevo Mundo, encontramos que las civilizaciones se han desarrollado automáticamente y han recorrido su propio camino, virtualmente como relicarios; en un completo aislamiento respecto a las formas de vida del Viejo Mundo hasta hace aproximadamente 400 años y, así, un recorrido por los vestigios materiales de dichas civilizaciones en el Nuevo Mundo eran valiosísimas para mí como historiador.

Llegué a México pleno de expectativa; no obstante, a pesar de ser tan grande, fué sobrepasada por todo lo que encontré en los sitios que visité, y de ese modo aprendí más de lo que esperaba sobre los tópicos concretos que me incitaron a ir a México; hallé, igualmente, otras cosas del mayor interés de las cuales ni siquiera tenía yo idea, como por ejemplo, los riquísimos monumentos del Imperio Español de las Indias, en el cual México figuró como el Virreinato de la Nueva España; igualmente observé los resultados logrados de los primeros misioneros católicos, en especial de los Franciscanos, y aprecié y gocé la belleza del paisaje mexicano que resulta imposible captar por descripciones de segunda mano o por fotografía.

Aprendí mucho durante mi estancia en México, tanto, que un alud de impresiones acude a mi memoria. ¿Cómo podré revelarles todas mis impresiones? Bien, lo iniciaré con un apotegma sobre su historia: "México, dicen los mexicanos actuales, fué conquistado por los indios y liberado por los

españoles". Esto parece paradójico, pero no obstante encierra una verdad útil para la interpretación del México contemporáneo y del papel desempeñado por los españoles en su larga y complicada historia.

México fué conquistado para los españoles por indios pues el Imperio Azteca había dominado todo el país antes de la llegada de los europeos y no habría podido ser destruido por Cortés y su puñado de hombres y caballos, si no hubiese obtenido la ayuda de todos los núcleos sometidos que eran enemigos del Imperio Azteca. En este sentido, la destrucción del Imperio Azteca en México y el establecimiento del Imperio Español en su lugar, sólo puede explicarse con toda justicia como la resultante de una guerra civil entre indios e indios, pues combatieron los aztecas de un lado y del otro sus vecinos y vicimas aborígenes y los españoles desempeñaron únicamente el modesto papel de mercenarios al servicio de los adversarios nativos de los aztecas; ahora puede entenderse mejor lo que los mexicanos tratan de decir cuando afirman que México fué conquistado por los indios. Y, cuando afirman que México fue liberado por los españoles, quieren decir que la revolución mexicana que liquidó la dominación española a principios del siglo XIX, fué hecha por los colonos españoles, en la cual la mayoría indígena de la población mexicana adoptó una actitud pacífica. Ahora bien, el hecho de que los indios hayan tomado parte tan activa y efectiva en la liquidación del Imperio Azteca auxiliando a los españoles, hace más de cuatro siglos, explica perfectamente por qué las relaciones entre las distintas razas en México son armoniosas hoy en día. Y, el hecho de que los indios tomaran una pequeña o ninguna parte en la caída del Imperio Español en México, hace más de cien años, explica por qué, en 1910, en México se inició una nueva revolución que aún en nuestros días tiene actualidad.

El éxito de los mexicanos al resolver su problema racial es un ejemplo que todos deberíamos estudiar e imitar; aun cuando en México, como en otros países civilizados, hay diferentes notables de riqueza, poder y posición social, estas no coinciden con diferencias de raza, como desgraciadamente ocurre en otros países que están habitados por dos o más diferentes grupos étnicos. En México, pueden encontrarse en la posición más elevada, personas que ostensiblemente pertenecen a la raza india casi pura, que tienen a su servicio tipos europeos casi puros en forma tan natural, que ello no implica la existencia de ninguna tensión inter-social. Puede verse, también, en los extremos de la escuela social, gente de sangre casi pura, mas forman sólo la minoría de la población, pues el grueso está formada por los que tienen mezcla de sangres, y en ella hay producciones, que comprenden desde indígenas absolutos hasta europeos puros en diferencias apenas perceptibles. Gracias a su tradición de igualdad social y de mestizaje, México es una nación unida. Los únicos habitantes de México que no se han incorporado todavía a la unidad nacional, son algunas tribus aborígenes que viven en lugares muy alejados, y el Gobierno de México está tomando medidas adecuadas para lograr

la asimilación de estos núcleos primitivos construyendo caminos, es tableciendo escuelas primarias, clínicas y cooperativas aparte de elevar su nivel de vida gracias a los trabajos de irrigación.

Si se quiere encontrar el meollo del por qué de la armonía racial mexicana, debe visitarse la basilica de Guadalupe en las orillas de la Ciudad de México; la Guadalupeana es la patrona de los mexicanos, ante su altar se pueden ver al blanco, mestizo e indio, postrados juntos y tiene derecho para ocupar esta posición en la vida del país, ya que su culto ha sido y es la fuente y el símbolo de la unidad nacional mexicana. Una leyenda dice que pocos años después de la conquista española, en el lugar en donde se encuentra actualmente su altar, la Virgen se apareció repetidas veces a un indio y que fué de los primeros convertidos al cristianismo por los misioneros católicos; su aparición la efectuó como si fuese miembro de raza aborígen, de modo que este nuevo culto se extendió entre los indios, pues de otra manera el catolicismo hubiese continuado siendo una religión extraña y un modo distintivo de los conquistadores españoles.

Este puente tendido sobre el abismo psicológico existente entre seres humanos que son de distinta raza, es una inmensa conquista social, pero no puede acabar con las injusticias automáticamente con las diferencias sociales y así están aunque no coinciden con las de distingos raciales, la injusticia social subsistía en parte, constituyendo un daño notorio; era tan enorme en 1910, que la revolución que comenzó ese año aún la tiene como consecuencia.

Es la Revolución Mexicana. Ha pasado por diversas etapas en 43 años; en su primera fase, en la cual los grandes latifundios fueron divididos y la tierra fué dada a los campesinos, fué nacionalizada la industria petrolera, fué violenta y sangrienta. En su segunda etapa, decreció su ímpetu y el movimiento se hizo sensiblemente burgués (nunca fué comunista). En la fase actual, que comenzó con la reciente toma de posesión del Presidente Ruiz Cortines, la revolución cobra nuevos bríos pero sin la forma violenta de la primera. El recuerdo de la sangre derramada en sus inicios es aún vivo y doloroso, y la presente generación de mexicanos no tiene ningún deseo de revivirla. El movimiento actual está tomado mando una forma eminentemente práctica y altamente civilizada con una campaña para limpiar la vida pública de México de su tradicional corrupción. En todos los países ésta ha sido siempre una empresa difícil, pero de cualquier manera es eminentemente valiosa. En México, no existe por ahora probablemente ninguna otra reforma que pueda levantar tanto la moral del pueblo y aumentar su prosperidad en el caso de que logre éxito.

México es un país de gran interés para visitarse, porque es un pueblo en transición. La rapidez de su cambio social se simboliza por el contraste entre los diferentes modos de transporte que se pueden ver en los caminos, simultáneamente hay carretas tiradas por mulas, gentes que viajan a pie y modernos autobuses. México está llevando a cabo experimentos y cambios que se registran en otros países del mundo contem-

LO MARAVILLOSO PAGANO

Por Jean Cocteau



O maravilloso mundo de la vida de serio al que de su singularidad y existe una conciencia a conciencia lo con todo aquello que nos sorprende el radio, la velocidad, la atómica.

Esto es, lo maravilloso se encuentra mucho más en nosotros que en los objetos que nos rodean. Lo verdaderamente maravilloso es la facultad para maravillarse y que se apodera tan rápidamente en el hombre la infancia la abandona. La vida juzga, prejuzga. Rechaza lo desconocido, si deja que actúe esta facultad atrofiada es por huir de las fatigas que supone. La usa como una droga y se sumerge, por algunas horas, en un libro o en un film.

La antigüedad fué la infancia del mundo. La edad en que la infancia interroga y enmudece ante un universo poblado de dioses.

Los dioses griegos son los jarros que se posan sobre sus propias estatuas. Viven según la medida de las palomas en nuestros jardines. Observan a los hombres a quienes imitan o que actúan su ejemplo.

Existe, pues, un perfecto contacto entre los actos humanos y sus símbolos, que se formaban sucesivamente transformándose en realidades. Dos mundos se superponen y se compenetran.

Nada choca tanto a llegar a las tenas, como esa familiaridad de la religión, siempre parecida, de siglo a siglo y de pueblo a pueblo, que por esta vez, toma un estilo teatral. Haría falta una decoración donde pudieran representar sus dramas y sus comedias los actores amados por el público, verdaderas vedettes del Olimpo, especie de Hollywood poblado de empleados diversos, de trágicos de mimos, de cómicos y de muchachas bellas, más o menos casados entre sí y a quienes se envían cartas y regalos. El mismo signo "maravilloso" del milagro griego evita el realismo, lo que le vale su rápido contagio. Y, así como los ojos muertos de la cabeza de medusa estatificaban, los ojos infantiles de Grecia cambiaban en mitos todos los actos de la existencia.

Greta Garbo ha comprendido muy bien el papel de los ídolos. Se oculta. Hecha la leyenda, la inaccesibilidad ha consolidado su culto en tanto que los sumos sacerdotes de Hollywood no decidan otra cosa y desdoren su estatua.

Esta mujer tiene ángel y lo conserva, a pesar de su ausencia del Olimpo. Así es como los Dioses Griegos nos visitan todavía haciéndonos sentir a nuestro alrededor una tempestad de alas, un remolino de lo maravilloso pagano; y se planta sobre nuestras plazas públicas como en Venecia las palomas de San Marcos.

poráneo (no solamente en la América sino también en Asia y África) y esta es otra razón por la cual México es tan interesante actualmente.

Espero haber dado una idea de las razones que me impulsaron a visitar México y por las cuales no me arrepiento de haberlo hecho. Y si logro inducirlos a que vosotros lo hagáis también, habré cumplido con todo lo que me propuse al dictar esta plática.

LAS CARRERAS DE SAN JUAN

por Manuel de Jesús Jiménez



S diversión tan antigua en Costa Rica la de las carreras de caballos, q' su origen se remonta a los primeros días de la Colonia.

Ellas son reflejo de los juegos de valor y agilidad usados en la Edad Media para estimular el orgullo de los nobles y la admiración de los plebeyos.

En las antiguas carreras de aquí no había, como en los torneos de por allá (1), lanzas rotas que rodaran por el suelo, ni escudos, que empañaran sus blasones con el polvo de la tierra, ni cimbras que perdieran sus penachos al caer en la pelea, pero sí había caballeros que caían desmontados y caballos que rodaban por la calle y mirones que salían con huesos rotos, y gallos que morían despedazados, haciendo todos ellos la delicia de españoles, indios y mulatos.

Las carreras de caballos y los toros en Costa Rica fueron, durante el coloniaje, las dos diversiones públicas por excelencia. Los toros aún conservan esa preeminencia, pero no así las carreras de caballos. Y si no, traigámonos a colación las carreras de San Juan del año 1820, penúltimas que corrieron aquí los vasallos fernandinos, y así veremos que las de ahora ya no sirven para nada.

Como de costumbre, comenzó el jolgorio de aquel día, desde que se terminó la misa mayor, no porque principiaron tan temprano las carreras mismas, sino porque a esa hora comenzaban a recorrer las calles de la ciudad los más aficionados a la equitación.

Nadie se quedaba el día de San Juan sin montar a caballo. Las damas más gentiles, los muchachos más elegantes, los vecinos más respetables, los orilleros, los campesinos, todos tomaban parte en las cabalgatas de por la mañana, salvo caso fortuito o fuerza mayor. Ahora pasaba un gamonal acaudillando un grupo de mestizos, después un señorón gobernando una cuadrilla de concellas; ahora un marido llevando en el tejuelo de su albarda a la consorte, luego un padre de familia con la recua de criaturas por detrás: cabalgando todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, radiantes de alegría por ser día de San Juan.

Sin embargo, las personas más respetables no pudieron en aquel día montar temprano a caballo, porque otras atenciones preferentes y anexas a su condición así lo demandaron. Era día de San Juan, es decir, onomástico del Gobernador, don Juan Manuel de Cañas, a quien era preciso ir a cumplimentar.

En efecto, poco antes de medio día salieron de la Sala Capitular para la Casa de Gobierno los Cuerpos de la ciudad. El Venerable Estado Eclesiástico iba de primero; allí los padres don Pedro José de Alvarado, don Nicolás Carrillo, don Joaquín Alvarado, don Ramón Ugarte y don Juan Manuel Carazo, vestidos con sombrero nuégano, manteo de tafetán, sotana de "fulá" (2), medias moradas y zapatos bajos. Después seguía don Manuel García Escalante, sirviendo de lazarillo al anciano ex-Gobernador, Brigadier Acosta. En pos de éstos el Muy Noble y Leal Ayuntamiento, Justicia y Regimiento, compuesto de don Joaquín Oreamuno,

don José Joaquín Prieto, don Manuel de la Torre y don José María Peralta, quienes lucían sombreros de castor, coletas largas de a jeme, corbatines negros de resorte, camisas de cordón, casacas de paño verde con botones amarillos, calzones a media pierna de tapa entera y oreja, medias blancas labradas, zapatos de "talpetao" (3) y capas a la española. Y por último, cerraba la marcha el honorífico cuerpo de oficialidad de esta cuarta Brigada, formado por don Juan Dengo, don Hermenegildo Bonilla, Don Joaquín Iglesias, don Pedro José Carazo, don Rafael Escalante y don Joaquín Carazo.

Así que se pronunciaron las frases de cortesía deseando al Gobernador largos y felices años, venga una mistela de leche con presniños, enlustrados y zapotillos; venga un apretón de manos, y luego, cada cual a su casa, para ir después a asomarse un rato a las carreras.

No se podía correr en todas las calles, porque la mayor parte de ellas eran muy disparejas, pero la que van del Molino a San Nicolás estaba recién compuesta y era la preferida. En esa calle corrieron ese día, observando los requisitos de costumbre.

En un intermedio de la ruta destinada a las carreras, se levantaban a uno y otro lado de la calle dos maderos, ligados entre sí por una soga a cierta altura, de la cual colgaban de las patas un gallo vejancón, y luego otro, hasta que se acababan las carreras.

Los mirones preferían el lugar cercano a los maderos; allí estaban los violines, la chirimía y el tamboril; allí los cohetes, los gallos y el mantenedor que repartía con medida escasa el guaro. Fuera de esto, era el lugar más apropiado para examinar punto por punto a los jinetes, puesto que por allí desfilaban en dirección al arrancadero, sacando plumas y en señalando vistosos pabellones con largas mechas doradas, mullidos acericos, sillones con estrellas de plata, estriberas colosales con grifos en alto relieve, espuelas con chilindrines y cabezas de corrobán.

A las dos de la tarde en punto principiaba aquella fiesta; a esa hora hicieron los mirones "cancha" (4) en la calle, porque vieron que allá venía corriendo la primera pareja. Los dos jinetes venían separados uno de otro traían los sombreros amarrados con barboquejos, blandían al aire los "dantos" y repicaban con los talones. Al llegar a los maderos alzaron entrambos brazos, no acertaron a coger el gallo y siguieron desahogados gritando: "padre mío San Juan Bautista", hasta el fin de la carrera.

Allá viene la segunda levantando gran polvareda. No corre sino vueta; viene en raudito torbellino, y por eso, tan solo acierta a arrancar plumas al gallo, y sigue y desaparece enardecida, oyendo confusamente los vitores a San Juan, y el estruendo de los cohetes, y los gemidos de la chirimía y los tristes ayes del gallo.

Allá sale la tercera. Vienen dos

jinetes admirables don Félix Oreamuno y don Francisco Peralta, en sendos caballos rabicanos, corredores a cual más: ora toma el uno delantera; ora el otro le aventaja: disputan palmo a palmo la victoria; pasan como sombras por el frente de los postes; allí levantan los brazos, y sin embargo el gallo no se queja; no se queja, porque su cabeza ya la lleva entre las manos don Félix Oreamuno.

Luego parte otra pareja. Vienen dos notables tejareños: Ventura Garro y Ventura Pereira, en carrera peligrosa rajando un gallo sin ventura y sin cabeza.

Y así por ese tenor hubiera continuado aquella fiesta hasta la puesta del sol, si un suceso inesperado no la hubiese acabado antes de tiempo.

He aquí la narración de ese suceso; en el grupo de jinetes apostados en el arrancadero figuraba don Ramón Jiménez. Estaba allí, no con ánimo de correr, sino tan sólo de lucir su potro doradillo, no bien domado todavía; pero a Ventura Garro se le metió en la cabeza que había de echar con él una pareja. Don Ramón rehusaba la carrera, tanto por la impericia del potro, como porque Ventura tenía la maña de atravesar en la carrera su caballo, para contener así el ímpetu del contrario. No tenga miedo, don Ramón, y tanteamos el doradillo — dijo Ventura —; y ya con esta pulla don Ramón se puso al hilo, no sin advertir a Garro que cuidado con la maña. —No hay cuidado, que yo soy hombre legal—. Una, dos, tres y partieron los jinetes. Por supuesto, maña vieja no es resabio: desde el principio iba Garra haciendo de las suyas. —¡Ventura, no me atraveses el caballo! — gritaba don Ramón; pero Ventura, apenas tomaba ventaja, lo atravesaba. —Ahora lo verás, coyote — dijo don Ramón; y haciendo un gran esfuerzo, ciñó con su brazo la cintura del mañoso, lo desquicio de la albarda, lo soltó luego, y Garro fué a parar por fin al suelo; mas el potro doradillo, bien fuera por la caída de Garro, o por el espolonazo que había recibido, es lo cierto que se desbocó enseguida; rompió el freno, rompió la valenciana, y a medida que más corría más rauda era su carrera.

Don Ramón comprendió por entero su peligro, pero no se acobardó, abrigando la esperanza de que el potro por fin se agotaría; más fué vana su esperanza: el doradillo al llegar a la plaza de San Nicolás, en vez de seguir calle derecha, sesgó la dirección hacia la izquierda y de esta suerte iba a estrellarse contra el muro, alto de dos varas, que cercaba el patio de la iglesia. El potro era de primera: dió un salto admirable, traspuso el alto muro; metió las manos en la contigua acequia y cayeron por el suelo caballo y caballero.

Corrieron los vecinos, y compadecidos del jinete, le echaron encima un cobo negro, le alzaron del patio como muerto, y ya con eso se acabaron las carreras de aquel día.

- (1) En Guatemala sí se hicieron verdaderos torneos y jugaron cañas.
- (2) Foulard.
- (3) Curo suave con la carne para afuera, o paño, en su defecto.
- (4) Plaza o campo.



DE MUSICA EN HISPANOAMERICA

Por María Luisa García Montero



ISPANOAMERICA viene formando una verdadera tradición en el campo de la interpretación musical y, entre los ejecutantes hispanoamericanos más distinguidos

puede contarse un apreciable número de grandes pianistas. El piano parece ser el instrumento por excelencia del intérprete hispanoamericano. Teresa Carreño, la célebre venezolana, podía parangonarse con los más grandes pianistas de principios de siglo. Hoy cabe igualar a Claudio Arrau — a quien muchos de sus colegas europeos consideran el primer pianista del mundo — a un Gieseking o un Vladimir Horowitz. Arrau, el maestro portorriqueño Jesús María Sanromá, Rosita Renard, las brasileñas Guiomar Novaes y Magda Tagliafero y Angélica Morales, puedes reunirse en un grupo de figuras del teclado comparable al de Francia y superior al de Inglaterra, Italia o España.

Chile y el Brasil son países que por sí solos pueden formar pianistas de primera categoría. La academia de Arrau, por ejemplo, viene obteniendo excelentes resultados en sucesivas promociones de pianistas. Y en países tan pequeños como Puerto Rico puede apreciarse la fecunda obra de Jesús María Sanromá, que cuenta con distinguidos discípulos, América Latina, que supera a la América sajona en número y calidad de grandes pianistas, nada tiene que envidiarle en cuanto a la enseñanza de este instrumento.

Formados en la misma América los unos, los otros en Europa, una nueva generación de pianistas aparece en nuestros países hispánicos: García Mora y Pablo Castellanos en México, Marisa Regules en la Argentina, Hugo Fernández en Chile, Nibya Mariño y Adhemar Schenone en el Uruguay y Gregorio Caro en el Perú.

Caro, joven discípulo de Arrau, ha sido la última revelación, y, al mismo tiempo, es el que muestra mayores condiciones para pasar a primera figura. En varios recitales, y en conciertos como solista de la Orquesta Sinfónica Nacional de Lima, llamó la atención de la crítica por su temperamento, musicalidad y técnica de gran limpieza. Viajó a la Argentina, donde por indicación del mismo Arrau escuchó los consejos de un pianista europeo ya retirado, Machbach, discípulo del viejo Anton Rubinstein. Un concierto bajo la dirección del maestro Castro le ha valido numerosos contratos, sumamente promisorios para su carrera artística. Es digno de notarse que Caro se ha formado y ha madurado musicalmente sin necesidad de viajar a Europa o Estados Unidos.

En la nueva generación de pianistas hispanoamericanos predomina la técnica moderna, de soltura, debido a que Arrau, Sanromá, Rosita Renard y demás maestros poseen técnicas de este tipo. Y otros pianistas, como Castellanos — discípulo de Edwin Fischer — y Marisa Regules — de Arthur Schnabel —, han recibido de sus maestros europeos enseñanzas técnicas similares.

MANUEL DE JESÚS

José Fabio Garner



IL ochocientos cincuenticuatro.—Junio. El día dieciséis. En Cartago y muy temprano en la mañana veía la luz primera un niño. Llegaba a materializar el amor profundo que recíprocamente sentían don Jesús Jiménez Zamora y doña Esmeralda Oreamuno Gutiérrez.

De sana y elevada estirpe, en el recién nacido se confundían las virtudes y la inteligencia de sus abuelos: don Ramón Jiménez y don Francisco María Oreamuno y de su abuelos, doña Joaquina Zamora y doña Salvadora Gutiérrez. Nobleza de sangre vertida en crisol de virtud, tal era el regalo que las hadas benéficas dejaron al pie de aquella privilegiada cuna.

2.—Infancia y adolescencia de austera orientación. Una línea recta hacia el porvenir trazada por el ejemplo paterno y por los sabios consejos maternos. Sensato análisis de cuanto la vida le iba presentando al primogénito de un Presidente de la República. Olvido consciente y fecundo de la posición que ocupaba, a fin de no equivocarse en el juicio diario de los hombres y de las cosas. Tal fue la escuela a la que aquel costarricense tuvo que adaptar su inteligencia preclara y su virtud ingénita.

3.—Mil ochocientos sesentinueve.—Quince años nada más. Del noble solar hispano llegó a Costa Rica un sabio cuyas predilecciones lo llevaron hacia la orientación de la juventud. Por las fértiles campiñas que rodeaban a la ciudad de Cartago, paseaban frecuentemente el maestro, de madurez intelectual poderosa y el preadolescente, deseoso de comprender la vida y sus varios aspectos. En la contemplación de las frescas regiones del valle natal, se hundían las dos conciencias; al principio, los papeles, como era natural, estaban invertidos: el joven explicaba, con fruición íntima, los secretos de su patria al viajero recién llegado quien, convertido en alumno, repetía satisfecho los nombres de todos los rincones de belleza grandiosa que ante sus ojos ávidos iba descubriendo el adolescente mentor.

El sabio extranjero: don Valeriano Fernández Ferraz. El improvisado maestro: don Manuel de Jesús Jiménez. Dos inteligencias sanas, una al frente de la otra.

Dos espíritus nobles que, en esa forma sencilla, plácida, aprendieron a conocerse y a admirarse.

4.—Más tarde, el hábil comentarista de las bellezas patrias, se convirtió en alumno y el extranjero cambió su agradable papel de curioso interrogador por el de maestro en las aulas del Colegio de San Luis Gonzaga.

Si el profesor en varias doctrinas era profundo, el alumno, en todas esas asignaturas, no quiso quedarse atrás. El uno dictaba sus cursos valiosos con suma complacencia: era característica su manera amable de ir diciendo las cosas como si las fuera extrayendo de las curiosas preguntas y de las inteligentes respuestas de sus

alumnos. El otro escuchaba atento aquellas sabias enseñanzas que venían a redondear los fundamentales consejos escuchados de los amables labios paternos.

De aquella comunión espiritual entre maestro y discípulo, nacida en forma arcádica al recorrer las sendas campestres del fecundo valle del Guarco, surgió poco a poco, dotada de poderoso empuje cerebral, la vasta cultura del joven costarricense que a no tardar, debiera ser el asombro de cuantos llegaran a apreciarla.

5.—Empezó como guía de profesor, al orientar a su maestro por las desconocidas regiones de su Cartago adorada. Como guía de juventudes debió seguir cuando, terminados sus estudios de segunda enseñanza, fue elegido para explicar, en el mismo Colegio de San Luis Gonzaga, los cantos indecibles de la Lengua Castellana, los celosos secretos de nuestra Historia y las bellezas desconocidas de nuestra Geografía. Triunfo cátedra de aspectos muy diversos para quien no conoce las íntimas y recíprocas influencias que entre ellos existen. Cátedra única para el que, como nuestro joven profesor, empezaba a dominar la múltiple coordinación de los conocimientos humanos.

El nuevo catedrático, como todo educador de verdad, estudiaba, no en los libros, sino en la constante y nunca saciada curiosidad de sus alumnos. Ellos interrogaban y él profundizaba en las manifiestas contestaciones que, a todos los por qué del hombre, da la sabia naturaleza.

Fue un profesor cuya biblioteca estaba constituida, primordialmente por las almas de sus discípulos y por las bellezas de los paisajes nativos: puede afirmarse que ni las unas ni las otras dejaron sin satisfacer sus ansias insaciables de conocimientos; puede decirse también que ni en unas ni en otras encontró engaño al virtuoso educador.

6.—El padre bienamado supo infundir en aquel hijo primogénito dos de sus grandes amores: el que lo llevó hacia los surcos gratos de la enseñanza y el que le hizo volver los ojos maravillados hacia la tierra bendita que sabe devolver con creces el amor que se la prodiga.

El trabajo del campo monopolizó enseguida la atención de este hombre admirable que quiso y pudo triunfar en todas las actividades a las que dedicó sus energías múltiples.

En Tucurrique, el solar apacible de una primitiva tribu, su mano cariñosa sembró la semilla fecunda que había de multiplicarse con bíblica unión, sembró también la otra semilla, la del ejemplo de agricultor enamorado de la tierra, que debiera también germinar en el alma de todos los costarricenses.

Allá, en la tranquila ribera del río Tucurrique que sueña tal vez en las pasadas glorias de la desaparecida tribu, aquel hombre enérgico presentó una de las más hermosas manifestaciones de la gratitud costarricense. Su padre glorioso —agricultor, entonces, también,— en medio de la naturaleza rústica que iba obedeciendo a su modesta mano de cultivador recibió el más alto premio que Costa Rica podía dar a uno de sus hijos: el título de Benemérito de la Patria.

Y el padre y el hijo, conmovidos, volvieron los ojos llenos de gratitud hacia la tierra encantada y, sin reposar sino lo necesario, siguieron en la tarea, llena de delicias, de sembrar, de sembrar siempre, lo mismo árboles que ejemplos y carjños.

7.—Mil ochocientos ochenta y tres. Casi veintinueve años. El amor, que nada perdona porque todo debe ser intensamente amado, llegó al corazón del ilustre cultivador de plantas y de almas. Una virtud excelsa, un encanto genuino le atrajo con atracción realmente sugestiva. Era la dulce belleza de la señorita Cristina Rojas Román, la destinada, por sus espirituales dotes, a llevar hacia la paz, hacia la dicha a nuestro insigne compatriota.

Un idilio verdadero; virtud y talento, belleza y energía, dulzura y trabajo siempre se manifestaron a lo largo de los años hasta en los momentos mismos en los que el destino implacable se esforzó por privar a los costarricenses de aquel modelo constante de fe y de esperanza.

8.—Cartago había reclamado la presencia de aquel hijo predilecto en el que se manifestaban muchas de las virtudes características de la metrópoli que, por su hidalguía mereció y merece el título de Muy Noble y Muy Leal. Y Cartago lo nombró miembro destacado de su Ayuntamiento. Y Cartago, enseguida, viéndolo en él muchos hermosos anhelos que eran suyos, de la vieja y siempre joven ciudad, lo escogió para que viniera al Congreso Constitucional a representarla como ello merecía serlo: con altivez sensata, con noble ambición, con patriotismo profundo.

9.—Surge entonces el orador impecable de maravillosa capacidad intelectual, domeñador, sin esfuerzos, de la palabra que en sus labios se hacía caricia cuando a la Patria y al bien y a la virtud se dirigía y que se transformaba en ascua candente al fulminar a quienes no eran dignos ni de la Patria, ni del bien, ni de la virtud.

En sus discursos vibrantes, como todo lo suyo, fulguraba la cultura; no sabía ser cruel con los que defendían tesis contrarias. Era característica la dulzura de su voz, dulzura que no menguaba ni siquiera cuando se hacía intencionalmente sonora al defender, con brío que entusiasmaba, las propias opiniones orientadas siempre hacia el mejor porvenir de Costa Rica.

Inspiradas eran sus frases, profunda la preparación, bien intencionado el principio que elegía para su defensa. Con tales armas el orador costarricense —que era todo un hombre de tribuna— llevaba la convicción inmediata a todos los corazones que lo sabían honrado a carta cabal, limpio de espíritu.

Su viejo maestro, el que aprendió con él a admirar las bellezas del paisaje tico, tan diverso del de las nativas Islas Canarias, supo también hundirse en la admiración de aquellos discursos de su discípulo preferido a quien no vaciló en llamar, saturado de íntima satisfacción "el primer orador costarricense, merecedor de un Plutarco que supiera presentar lo a la juventud por modelo de vida".

Y ese Plutarco de Costa Rica



aun no ha nacido, no ha querido nacer para cumplir con la Jesuita resaca profecía del inolvidable don Valeriano Fernández Ferraz, el doctor por antonomasia!

10.—Tanto en la brillante actuación de la tribuna cuanto en lo íntimo de las conversaciones, las palabras de don Manuel de Jesús manifestaban siempre un inolvidable matiz; el del consejo sensato, sin doblez posible. Y ese consejo se imponía en forma tal, que parecieran las frases suyas órdenes que era preciso cumplir enseguida para la tranquilidad propia y para la felicidad de la Nación.

La palabra dada era un evangelio para este admirable costarricense. Una promesa suya era sagrada en extremo. Nunca comió su alma la tristeza que se apodera siempre de quien hace un ofrecimiento y luego encuentra la forma, aparentemente lícita, de no cumplir lo prometido. Así lo aconsejó constantemente a sus amigos; no comprometer la palabra si antes no se ha apreciado el alcance que puede tener ese ofrecimiento. Hecha la promesa hay que llegar hasta la muerte antes que hacer burla de ella. Nada de honra tanto como el no saber cumplir lo ofrecido espontáneamente. Con esa manera de situarse ante los hombres y ante los sucesos era natural que su lógica fuese considerada como invulnerable y que, en sus ojos, se viera siempre el resplandor del triunfo.

11.—Y al hablar de sus ojos, que brillaban en la parte inferior de una frente alta y amplia, es preciso decir que había magnetismo en ellos cuando sus pupilas se fijaban en algo o en alguien, había una cierta vibración que se manifestaba en simpatía profunda. Sus mismos enemigos de ideas reconocían ese poder absoluto de intensa profundidad que brotaba de los ojos de aquel tribuno quien supo siempre mirar cara a cara, así a las situaciones que facilitan la vida, como a las que constituyen obstáculos que es preciso vencer. Nunca bajó la vista ante nada ni ante nadie; estaba convencido de que el corazón puro que en todos sus actos ponía, lo saturaba de fe en la victoria que muy contadas veces se hizo esperar.

12.—No era posible que un elemento de tanto valor escapara a

ostarricenses
ger al ciu-
orientarles,
ción, desde
República.
enta y cua-
ofrecieron,
o, la candi-
on Manuel
aceptar ese
stre carta-
ez más su-
ofunda ten-
dia. Se co-
io como el
hacerlo así,
za política;
ecieran ga-
mismo tiem-
eran temo-
erondía que
nodo alguno
dia; su pro-
el afianza-
ones repu-
ntonces, de-
n fué la de
un gobiern-
ático, inspi-
dables ma-
n pública.

propagand-
redecian e-
cución reli-
imaginario
soluta qu-
énez en su-
5, en cam-
ines predi-
esta aristo-
cie, aun cua-
dial existie-
don Manue-
fácil en ma-
de tanto n-
monas enem-
pe fraguaba-
consciencia,
de una di-
ersarios po-
acertadame-
o, hacían c-
le la libert-
ana espada-
en sus desi-
actuación
la Presid-
quien con-
enses, me-
prema.

e a pesar
e ser desde
al señor
allá en
Tucurriq-
consecuen-
indiéndose
las bell-
se en el d-
tenía, de-
pas.

do espíritu
vida adm-
o en agu-
bilidad. Ama-
ostumbres
no analizar
las más
Pres de las
de los a-
e la hist-
y abba con la
que sticas, c-
yentes, de
cientí no sabe
sona de las a-
evocó de ellos
nas z.
dejo esa estruc-

Un



JIMENEZ

ostarricen
ger al ciu-
orientarles,
ción, desde
República.
enta y cua
ofrecieron.
o, la candi-
on Manuel
aceptar ese
stre carta-
ez más su
ofunda ten-
dia. Se co-
io como el
hacerlo así,
za política;
ecieron ga-
mismo tiem-
eran temer-
etendía que
nodo alguno
cia; su pro-
el afianza-
ciones repu-
ntones, de-
n fué la de
un gobierno
ático, inspi-
rables man-
pública.
propaganda
redaban el
ción reli-
imaginario,
solución que
énez en sus
5, en cami-
nes predica-
esta aristoc-
e, aun cuan-
al existiera
don Manuel
fácil en ma-
de tanto no
unas enem-
e fraguaban,
consciencia,
de una dic-
rsarios pode-
certadamen-
o, hacían de
la libertad
ana espada.
en sus desig-
actuaciones,
la Presiden-
quien como
enses, mere-
brema.
e a pesar de
e ser desdeño
al señor Ji-
allá en las
Tucurrique,
consecuencias
indiéndose en
las bellezas
se en el domi-
tenía, de la
as.
do espíritu del
vida admirar-
o en aquella
dad. Amane-
ostumbres, se
o analizar de
las más dis-
de las al-
es de los años
de la historia
ba con la le-
stias, cons-
entes, de per-
no sabemos
de las ame-
de ellos nos
sa estructura

histórica a la par que psicológica, podría formarse con sus sabrosos datos acerca de Domingo Jiménez Maldonado, Juan Solano, doña Ana de Cortavarría, Salvador de Torres, Diego Peláez, Alonso de Guzmán y el Capitán Antonio Pereira. Deliciosa sería la lectura de esas semblanzas magistrales, lo mismo que la de sus inimitables y perfectas evocaciones de la vida costarricense de otrora: Las carreras de San Juan, La ambulancia, Siempre mismo., Antaño, Fiestas reales, El año mil ochocientos veintitrés y tantas otras que son modelo de castidad absoleta y de buen humor costarricense.

14.—Volvió la ráfaga política a envolverlo. No era posible que un estadista de su talla se mantuviera al margen de la discusión serena de los problemas que a la Patria, iba presentando el tiempo en el despliegue constante de sus incontables perspectivas. La campaña eleccionaria que llevó a la Presidencia de la República a su hermano don Ricardo, completó su acierto indiscutible, eligiendo a don Manuel de Jesús como representante de la tierra nativa en el Congreso Constitucional.

Puede afirmarse, sin temor a exageración alguna, que la personalidad del señor Jiménez fué la más distinguida en aquella Cámara de Diputados en la que figuraban muchas inteligencias preclaras. Sus adversarios, que lo eran a un tiempo mismo, del Presidente de la República, se dejaron llevar, en ocasiones, por la pasión política: siempre sus candentes discursos hallaron la correcta respuesta de la discreción más profunda: era don Manuel de Jesús quien, desde lo alto de su poderosa intelectualidad, contestaba siempre con suave cortesía a la par que con vibrante frase enérgica.

Era la suya una serenidad indiscutible, muy raras veces igualada en el ambiente parlamentario nuestro: ella sola bastaba a veces para hacer adoptar una tesis que siempre se sabía inspirada en un desinteresado amor patrio.

15.—Dos dolores intensos de carácter extraordinario, asaltaron su alma bien templada para soportarlos. Uno, allá en la mocedad tranquila, en mil ochocientos setenta, cuando una revolución depuso e hizo prisionero a su padre. Sin temor al peligro, que era evidente, obediendo sólo al espíritu de sacrificio que le inspiraban sus deberes de buen hijo, vino, a pie, desde Cartago, a ponerse a la sombra de quien tantos consejos y tantos ejemplos de desprendimiento le había dado; desafió a la adversidad que supo respetarlo; vana había de ser su fuerza ante manifestación tan hermosa de desprecio a la existencia, dada por un adolescente.

El otro, hacia el brillante crepúsculo vespertino de su vida, en mil novecientos diez, cuando las trágicas fuerzas naturales causaron la destrucción total de la ciudad de sus intensos amores. Cartago, la noble y acogedora ciudad de los fríos que incitan a la

acción, quedó convertida en un recuerdo, un recuerdo, no más. Y el patriota insigne benemérito ciudadano de aquella población destruida, en medio del natural dolor que saturaba su alma, se impuso el deber de rescatar, del anonadamiento, el espíritu inmortal de su Cartago bienamada. Y en realidad, su fe tesonera, su esperanza cristiana y su energía sobrenatural lograron el milagro: al conjuro de su intenso amor ciudadano surgió una Cartago digna de tan excelso evocador.

16.—Tanta preocupación constante y variada, tanto ejercicio activo, así material como intelectual, llevaron, a su cuerpo, la fatiga que pronto se convirtió en dominante enfermedad. La heroica ciudad de Alajuela, en varias oportunidades anteriores, con su cálida hospitalidad, le había devuelto presurosa la salud perdida. A su regazo de franqueza y cariño, quiso acogerse una vez más con la esperanza de que la simpatía profunda que Alajuela le inspiraba, habría de sanarlo para bien de la República entera. No lo quiso así el destino. Las primeras luces del alba del veinticinco de febrero de mil novecientos dieciséis se vieron entristecidas por el tránsito irreparable de aquella alma de costarricense sincero.

Alajuela, madre de héroes y de mártires, habría querido hacer más sagrada su tierra, custodiando en ella el cuerpo inánime de aquel hombre insigne que fué también un héroe y un mártir. Cartago, cuna de sabios y de maestros, quiso conservar celosa, como en ánfora ritual, los despojos mortales de su hijo inmortal. Y allá en la ciudad que revivió al conjuro vigoroso de su fe inquebrantable, duerme el sueño previo al despertar eterno, uno de los compatriotas nuestros que merecen figurar en la galería enaltecedora, fecunda en enseñanzas, de los profesores de energía costarricense.

HOY SE NOS VA, ESTE VIEJO ROMANTICO

Al saber que don Manuel de Jesús Jiménez agonizaba en Alajuela, su enemigo político el joven y brillante escritor costarricense Francisco Soler, publicó un artículo en que trascendiendo una enemistad, aparece la alta estima en que se tenía al señor Jiménez.

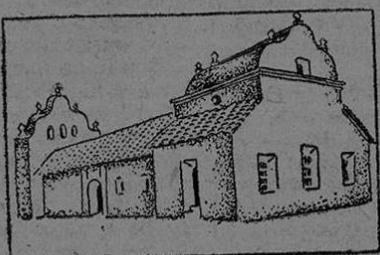
Por FRANCISCO SOLER

El viejo Jiménez con todo y que ha visto muy a distancia el último regazo de la época colonial, una leyenda que ambula, fervoroso y duro; a nacer antes habría tejido esteras en el desierto donde la retama llega a parecer dulce, o, mejor, hubiera cruzado los campos sobre el lomo de un potro guerrero para clavar aquí y allá la cruz cristiana ante la cual debía postrarse por muchos siglos una raza entera.

Pocas vidas tan variadas hemos tenido aquí, como la de este varón fiero en los trances de la política; seguro y aventurado al mismo tiempo, en las discórdias par lamentarias; penetrado hasta los huesos del culto del nido; en la penumbra de la iglesia, manso, ir-móvil, cual un poseído; y llano,

136
A mediados de la semana que acaba de terminar, para ser exactos el 16 de junio, se cumplió el centenario del nacimiento de don Manuel de Jesús Jiménez. Este número de ADEMÁS está dedicado al recuerdo del preclaro costarricense, cuya vida ejemplar sería permanente inspiración para sus compatriotas. "Nacido en un hogar en el que los padres, los abuelos, los tíos y los amigos eran gentes importantes, casi todos ilustrados, algunos formados en universidades extranjeras, gentes que participaban en los negocios públicos, clérigo alguno de ellos como el Pbo. Eustaquio Jiménez, hermano de su padre, agricultores otros, comerciantes algunos, mezclados muchos de ellos en las actividades políticas, se comprenderá que el joven don Manuel de Jesús creciera en un clima propio para nutrirle el espíritu de conocimientos relativos, en toda la amplitud posible por entonces, a la marcha del país, de la sociedad costarricense y de los asuntos generales universales, haciendo con todo esto una eficaz colaboración al desarrollo de su inteligencia, indudablemente privilegiada. En un ambiente así fue nutriéndose y formándose este ciudadano cuyos recursos naturales fueron encontrando en él mismo y en los estudios que emprendiera en cuanto para ello tuvo edad, un campo propicio", ha dicho su estudioso cultor, el periodista don Joaquín Vargas Coto.

Don Manuel de Jesús tenía "cuando ya estaba en sus últimos años, la cara de los personajes que pintara el Greco en su Entierro del Conde de Orgaz. El rostro enjuto, ancha la frente, la barba en punta. Sus manos eran sarmentosas, afilados los dedos. Mediana la estatura, el andar pausado, viva y severa la mirada", agrega Vargas Coto quien describe así la muerte del señor Jiménez: "Lo vemos en Alajuela. El sabe que ha terminado ya su lucha. En esa ciudad de clima dulce, acariciante y secamente tibio pasa sus últimas horas. Mira los maravillosos crepúsculos alajuelenses y ve cómo poco a poco van desvaneciéndose los vivos colores del poniente para que todo naufrague en la sombra. Como se fue la luz del sol, se fue su vida. Se hundió en la sombra de la muerte. Murió como un viejo hidalgo cristiano. En paz con Dios y con su conciencia. De su paso por la vida quedan ahora, para nosotros, su recuerdo, su ejemplo y sus escritos. Son como los celajes de oro que al caer la tarde adornan la tumba del soñador".

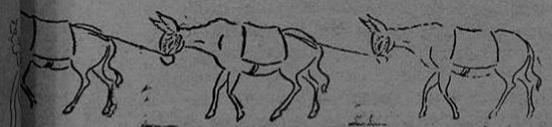


estilo arcaico y erizado de puntas cual una construcción gótica, un estilo fuerte, lo mismo que las piedras de las fábricas de antaño, como que con él construyó cuarteles para los héroes y conventos para los santos.

Cuando hablaba, parecía que su voz llegara de muy lejos, y como también mostrábase evocativo en sus faenas de orador, cada vez que traía al recinto a algún muerto, nos corría frío por la espalda, tal era su expresión. No usó jamás el aparato exagerado de los sugestionadores de masas. Tenían sus palabras una frialdad, sepulcral que mortificaba y en los movimientos de sus manos podía apreciarse la calma perezosa que regula la de las grandes damas que bordan a la hora del calor. Jamás dejó de ilustrar las manifestaciones de su pensamiento con gestos que estarían bien en un prior tolerante con los pecados de las mujeres y agrio para los pecados de los hombres.

Hoy se nos va, este viejo romántico.

Poco a poco ha ido hundiéndose en la tierra, que no en vano se tiene gran peso; está desapareciendo lentamente, como la luz que perdura en las montañas después de la puesta solar.



Adiós al Teatro "Imperio"

Por John Beaufort



UNQUE el teatro Empire de Nueva York no llega ni con mucho a la edad de los venerables coliseos de la Comédie Française de París o el St. James de Londres, su fascinante lapso de 60 años, entre el 1893 y el 1953, hacen del primero el más antiguo lugar de espectáculos cuya historia ha sido iluminada y embellecida por los astros más eminentes del arte dramático de América y Europa. Tanto por su tradición como su ajado esplendor de rojo y oro, ocupa un lugar privilegiado en el corazón de los aficionados al teatro.

Y ahora están diciendo adiós al venerable Empire. Aquel vivo monumento a una honrosa tradición está a punto de ser demolido para construir en su lugar un utilitario edificio de oficinas. El trabajo de piqueta dará comienzo en el curso del próximo verano, y para la siguiente temporada de invierno el Empire habrá pasado a la historia del teatro. Los objetos que forman su interior, muebles, accesorios y asientos, sin embargo, serán cedidos por los compradores de la propiedad al teatro Barter de Virginia. Al menos este rasgo es verdaderamente digno de elogio.

El Empire habrá llegado al final de su carrera como lugar de espectáculos teatrales el 30 de mayo cuando la compañía actual, de la cual forma parte la insigne actriz Shirley Booth, de la última representación de la comedia "The Time of the Cuckoo".

El "retiro forzoso" del teatro se observó adecuadamente la noche del domingo pasado con un oportuno programa titulado "Highlights of the Empire", (Glorias pasadas del Empire) presentado por la American National Theater and Academy. La señorita Cornelia Otis Skinner, hija de un renombrado actor del Empire, actuó como maestra de ceremonias "Highlights of the Empire" resultó ser una ración abundante de nostalgia. Casi durante cuatro horas, una compañía de más de 50 actores evocó diversas glorias de la historia del ilustre coliseo. Las reminiscencias empezaron en realidad en los tiempos presentes con una escena de la comedia "The Time of the Cuckoo", por Arthur Laurents, que ha adquirido su gran reputación por el hecho de que la protagonista, Miss Booth, es probablemente la actriz más premiada de la historia del arte teatral en los Estados Unidos.

Después de representar una escena de la comedia de Laurent, el público que llenaba por completo el local se transportó a los albores del Empire. El jardín de la casa de huéspedes veneciana en que tiene lugar "The Time of the Cuckoo", se convirtió, mediante simples cambios de muebles y accesorios, en la escena de excursiones sucesivas en los tiempos pasados.

Charles Frohman inauguró el espléndido y en aquel entonces apartado Empire el 25 de enero, de 1893, con la obra "The Girl I Left Behind Me", por David Belasco y Franklin Fyles. El domingo pasado por la noche, Edna Wallace (Hopper), de la compañía que estrenó la función, volvió a representar la tercera escena de la antigua atracción. La señorita Wallace, mujer diminuta, viva y llena de ángel, sedujo al héroe de la escena con un cubo de

fresas frescas y frescura personal apropiada.

May Boland, una de las grandes actrices cómicas de los Estados Unidos, rindió elogio emocionante al venerable teatro y al señor Frohman, que la contrató al principio como la actriz principal de la compañía de John Drew. Gran parte de la velada fue inevitablemente, como es natural, un homenaje al galante y audaz Mr. Frohman, que murió cuando fue torpedeado el Lusitania, aunque había sido advertido del peligro a que se exponía viajando en aquel barco por la Embajada alemana.

Cada escena, cada artista que salía al escenario, cada alusión al amaño teatro provocaba calurosa ovación del entusiasta público que llenaba por completo el Empire. Las notas culminantes del programa fueron una escena de "Mamba's Daughters" (1939), por Dorothy y Dubose Hoyward, en la que Ethel Waters repitió su memorable actuación en el papel de Hagar, y otra escena de "Life With Father" (La vida con mi padre) (1939) por Howard Lindsay y Russell Crouse representada por los actores Mr. Lindsay y Dorothy Stickney.

En la 1ª de las obras mencionadas, Miss Waters, la más ilustre de las actrices de raza negra representó con intenso y humano realismo el papel de Hagar, sencilla campesina caracterizada por un profundo instinto maternal. En la segunda, Mr. y Mrs. Lindsay volvió a persuadirnos de que "Life With Father" debiera prolongarse eternamente en lugar de cesar al cabo de 3.216 representaciones en Broadway que constituyen un récord en la historia del teatro.

Las citas fueron las glorias principales de "Highlights of the Empire". Pero hubo aún más. No de bemos pasar por alto la delicada recitación de Dennis King en "Roméo y Julieta"; la breve aparición de Thomas Mitchell en un traje de Otis Skinner para representar la entrada en escena de este insigne actor, los numerosos telegramas y mensajes de actores renombrados que habían trabajado en el Empire; Maude Adams, Katherine Cornell, Helen Hayes, Ethel Barrymore y Julio Barris. Se presentaron en escena descendientes de famosos nombres del teatro para saludar al público en nombre de sus ilustres antecesores, y se representaron escenas de las obras "The Importance of Being Earnest" (1995), "Camille", (1895, 1916, 1917), "Oliver Twist" (1912), "The Animal Kingdom" (1932), "The Old Maid" (1935) y "Twelfth Night" (1949).

Al fin se disolvieron las reminiscencias del teatro en Nueva York. Basil Rathbone, que es la quintaesencia de la elegancia, pronunció las bellas líneas de inefable ternura: "Ya ha terminado nuestra far... de "La Tempestad" de Shakespeare. Pat Rooney, diminuto veterano de pelo blanco y pies ligeros, trajo una lámpara de trabajo que colocó en el centro del escenario, desapareciendo acto seguido. De los bastidores a ambos lados salieron a escena brevemente Miss Hopper y Miss Booth para decir adiós al teatro y sus memorias. Después de retirarse ellas, el telón continuó subiendo y bajando al propio tiempo que una lluvia de aplausos llenaba los ámbitos del ilustre y venerable Empire.

El 30 de mayo caerá por la postrera vez sobre sus inmortales sombras el telón.

Para el teatro Empire lo que queda es silencio.

El Barranco de las Brujas

Por MODESTO MARTINEZ



A gloria del verano traía aparejada para mí en aquellos tiempos de la escuela, la gloria de las vacaciones.

Pasado el susto de los exámenes, abandonaba los libros y mi jaquita retinta no descansaba un momento.

Montado en ella recorría todas las fincas del abuelo, galopando bajo el picor de los rayos abrasadores del sol trotando en medio de la dulce placidez de la luz violeta de los crepúsculos.

Yo era el amigo de todos los peones, les oía sus quejas, los aconsejaba en sus amores y riendo complacido los escuchaba requebrar a las coloradas y robustas campesinas que como ellos se dedicaban a la recolección del fruto en los cafetales.

También me embelesaba oyendo a los más viejos contar historias espeluznantes de endriagos y fantasmas, de los duendes azules y chiquitines que hacían sus bailes debajo de las "bandolas" de los cafetos y de la "Segua" que iracunda se descolgaba de los higueros coposos sobre los malos cristianos que paseaban de noche enamorando doncellas o indisponiendo matrimonios.

Sólo un peón había que jamás contaba historias, que parecía huracán; yo que comprendía su inmensa pena lo compadecía y estimaba mucho: era una alma de una pieza dentro del cuerpo de un hércules joven.

Sombrio y ceñudo se le veía siempre; yo había podido a fuerza de insinuármele, descubrir los sentimientos que había allá en el íntimo de su pecho, el culto idolátrico a la memoria de la esposa recién muerta y el cariño casi salvaje a los dos chiquillos gemelos que le dejó, a "mis dos panzoncitos" como los llamaba él con su ternura sin pulir pero honda y sincera.

La enfermedad de la esposa, los doctores y las medicinas, luego los funerales y el entierro habían hecho contraer deudas a Juan, el "Alefante", como lo llamaban en la hacienda. Para pagarlas tenía que trabajar sin descanso: clareando apenas el alba llegaba a la faena y se retiraba casi de noche, a la hora gris, a la hora en que el cielo y el reflejo que proyectan las almas solitarias y doloridas de la tierra; entonces iba más mustio, más ceñudo que nunca, pensando en la esposa muerta.

Y no miraba el cielo, porque en aquel tan gris, "con cara de viejo", no estaba la compañera de su vida, la buena, la que lo había hecho tan feliz; estaba en otros, en el azul y limpio de los mediodías espléndidos del verano o en el estrellado y profundo cielo de las noches tibias.

Los dos chiquillos lo seguían a pasitos menudos, sin hablar, esperando que él, compadecido de su pequeñez y debilidad se los echara a cuestras como hacía siempre, sobre las robustas espaldas.

Luego llegaban a la casa y allí aderezaba Juan la modesta cena y preparaba el almuerzo para el día siguiente. Mientras estaba en sus quehaceres los chiquillos contaban las "guápiles" que habían recogido en el cafetal y para calmar su apetito les chupaban la miel aglutinante de la pulpa.

Cuando la cena estaba preparada los tres se sentaban en derredor de una mesa cerca del fogón y comían en el mayor silencio.

A veces uno de ellos preguntaba:

—¿Y "mama"? Cuando vuelve? Ya casi no tenemos ropa!

—Pronto volverá y les traerá mucha ropa, decía el padre sintiendo el dolor despedazarle el alma.

E iba a animar la llama del fogón con soplos desesperados, para ocultar las lágrimas y los sollozos. El "Alefante" no quería que sus hijos lo vieran llorar!

Todos los domingos iba de cacería, tanto para procurarse carne, como para vender algo de lo que la suerte le deparaba y ayudarse así a pagar las deudas contraídas.

Llevaba a sus chiquillos, aunque tuviera que cargarlos sobre sus espaldas la mayor parte del camino; eso no importaba; pero separarse de ellos que eran su único cariño, lo que lo animaba a luchar? Eso jamás.

Un domingo como de costumbre salió muy temprano camino de la sierra lejana, donde se cazaban tepescuintles y cabros monteses.

Los chicuelos iban muy orgullosos y satisfechos y contemplaban con respeto el rifle, el viejo y remendado "juminante" que llevaba su padre; ya sabían de lo que era capaz aquel instrumento, pues más de un cabro habían visto detenerse en su veloz carrera al recibir el balazo mortal.

Cuando llegaron a lo más espeso de la selva, a un atisbadero muy conocido por Juan, cerca del "Barranco de las Brujas" se detuvieron, y los tres sentados sobre un tronco, gozaban de las delicias de aquel amanecer en las alturas, lleno de gratos perfumes y de frescuras acariciantes.

Pasaban las horas, y los cabros no aparecían por ningún lado. Almorzaron y después los niños durmieron una grata siesta en el seno de la selva, como en el regazo de una madre cariñosa.

Al llegar la tarde despertaron y oyeron a su padre lamentarse de su mala suerte. Nada, aquel domingo no llevarían carne.

Ya el sol iba en franco descenso por el cielo poniente, cuando un cabro cruzó rápidamente y se dirigió al barranco; Juan le disparó cuando alcanzaba ya las líneas del despeñadero, al cual rodó el animal mal herido. Acudió veloz el cazador a mirar en qué sitio había caído el cabro y para eso se arriesgó sobre una piedra que se erguía desafiante sobre la abierta y siniestra fauce del barranco.

En un momento trágico, inexplicable, la Piedra se desprendió, y con ella Juan, y rodando fueron en el precipicio hasta el fondo, donde el desventurado cazador quedó hecho una masa informe.

Los niños no vieron nada de aquello. Fue tan rápida la escena.

ENTREVISTA IMAGINARIA

Con Ana de Cortabarría, la delicada protagonista de una bella narración de las que forman el volumen NOTICIAS DE ANTAÑO del clásico costarricense Manuel de Jesús Jiménez



A gentil doncella de noble alcurnia hizo detener a los cuatro indios güetares que conducían la doble litera en la que, con su madre, se alejaba de las feraces tierras de Cartago donde fueran tratadas con extrema injusticia.

Después de pasar por Sabana Grande y por Coris quiso, desde el alto cerro de la Atalaya admirar, por última vez, la belleza del paisaje en el que aparecía la ciudad de Cartago coronada de neblinas y asentada entre vergeles.

Con no poca desconfianza me acerqué a aquella dama de gracia resplandeciente cuya desventura radicó en ir sembrando, sin quererlo, vivos amores en las almas de jóvenes y de viejos y en pasar, derramando un millar de bienaventuranzas en cada una de sus ingenuas miradas.

Con gesto distinguido me acogió doña Ana de Cortabarría, la encantadora muchacha que seduce en el delicioso cuento de Manuel de Jesús Jiménez, una de las plumas costarricenses de clásicos matices.

—Se aleja usted de este valle todo ercanto? Tan pronto la fatigaron las bellezas del Guarco y las altiveces del Irazú?

—Si hubiese sido por mi voluntad, no me habría separado nunca de la deliciosa región cartaginesa. Huyó de las siniestras calumnias de un malnacido quien no supo respetar ni las canas venerables de mi padre, ni las lágrimas ardientes de esta anciana que es toda amor hacia mí, ni las virtudes virginales de las que mi juventud se enorgullece.

—Virtudes que necesariamente brillaron ante todos y a pesar de todo!

—Porque Dios siempre está al lado de quienes sabemos honrarlo con nuestras buenas acciones.

—Y con su festivo genio, con una esmerada educación tanto en el difícil arte de la cocina como en el monótono manejo de la rue-

ca así como en todas las ocupaciones ya domésticas, ya de salón.

—Desgraciadamente—repuso la bella subyugadora de voluntades ajenas—todos esos méritos que, con bondad exquisita, usted me atribuye, sólo sirvieron para despertar la pasión innoble de don Juan Chaves de Mendoza, nombrado gobernador y capitán general de Costa Rica para sustituir al hombre generoso que, sin serlo, yo amaba como si fuera mi padre verdadero.

—Fué un amor volcánico el que surgió en lo profundo de aquel militar inquieto!

—Amor no, amigo mío! Pasión de la carne y no del espíritu. Pasión que se evidenció en todo momento. Recuerde usted la batalla que contra él iniciamos mis amigas y yo. Iban y venían los huevecillos de cera perfumados de azahar. En la natural confusión de la broma, el desalmado tuvo la osadía de repartir unos cuantos irrespetuosos pellizcos en las turgentes carnes de las doncellas que no merecíamos tal desacato. No es, no ha sido nunca un caballero!

—El amor, aunque sea el material, todo lo excusa.

—Si lo hubiera dominado un amor discreto, que es el único sin cero, no se habría manifestado, ante mí, con gestos desabridos y bruscos!..

Eran la respuesta a sus desdenes. Recuerde que el desdén con el desdén se paga, como afirmó Moreto y Cabaña, el profundo conocedor del alma femenina.

—Por eso no se detuvo ante el ultraje villano a todas mis amigas a quienes en una tarde ingrata, llamó, con desprecio, "indias" sin reconocer que eran mujeres principales, hijas y nietas de conquistadores entre las que brillaba mi madre doña Gregoria de Escobar, hermana de cuatro caballeros con hábito y cruces en los pechos y, allá en la lejana Panínsula, nada menos que dama de compañía de la Reina.

—El verse despreciado lo llevó a esos extremos!

—Acepto, y no de buen grado, que desterrara de la provincia al capitán Antonio de Amabiscar, mi novio y que lo mismo hiciera con Juan Solano, el mozo de diecinueve años apenas cumplidos, por el único pecado venial de ofrecerme, en el atrio del templo, el devocionario que de mis manos ha-

bía caído al querer darle a mi mantellina un pliegue más andaluz.

—Acepta usted esa demostración de celos evidentes y...

—No creo que haya amor sincero en el alma de quien alienta celos!

—No comprendo! —dije, para obligarla a explicarse con más amplitud.

—El amor, así lo comprende mi inexperiencia supina, es exaltación la más atrevida del ser amado.

—Y los celos?—pregunté, sin quererlo.

—Los celos, en vez de exaltar, deprimen, ofenden a aquél contra quien se manifiestan.

—Pero...eran la respuesta inmediata a la manera como usted se seguía, con maestría, sus insinuaciones amorosas...

—Si eso no bastara, por qué se atrevió a darme una cita a deshoras, en la huerta, él, el guardián, por su elevada jerarquía, de la inocencia ajena?

—Y usted asintió a ese requerimiento de enamorado?

—Jamás lo habría hecho!

—Temor de Dios?

—Y respeto de mí misma! Saltó la empinada tapia que cierra nuestra casa; la luna protectora y los perros vigilantes lo hicieron huír. Quiso mancillar mi nombre! Cree usted que fuera ése un gesto de enamorado convencido?

—No fué él quien ideara tantos ardidés!...

—Peor aún. Se dejaba llevar por el bajo espíritu celestinesco de don Pablo Ponce de León. Le parece a usted cosa digna del Burlador de Sevilla, don Juan Tenorio que su correveidile, Catalinón, lo maneje en todos los momentos y lo lleve a realizar acciones poco o nada honestas?

—Sin embargo, él quería casarse... Dispuesto estaba a devolverle, con su nombre, la buena reputación que, en momentos de locura amorosa, pudo haber empañado.

—Me, deshonró con ese asalto nocturno a mi casa tranquila; volvió a deshonrarme con sus palabras sólo por obtener que los míos le concedieran mi mano que él, a pesar de todo, sabía inmaculada!

—Considerando los hechos desde el punto de vista del rendido galán que sólo desdenes recibe, podría comprenderse que...

Airada me interrumpió:

—Si para defender a aquella alma vil ha llegado usted hasta aquí, le suplico dejarme a solas con mis recuerdos, con mis angustias. De todo cuanto hizo aquel villano no resultó sino dolor, dolor intenso, pues los rudos y continuos sinsabores hicieron morir al generoso padre mío.

—Dolor que la entera ciudad de Cartago respeta emocionada! Dolor al que es preciso agregar el que provoca ahora la huida de ustedes...

—Huida, no! —interrumpió con severa energía— Buscamos lejos de esta Costa Rica inolvidable el seguro amparo que merecen nuestras tristezas!

Interrumpió el ya largo coloquio, doña Gregoria, la madre de la doncella de voluntad inquebrantable, para decir:

—Así estrecha y persigue el gavilán a la torcaz; así huye, con vuelo tembloroso, la torcaz!

Ambas, desde aquel alto cerro de la Atalaya dirigieron sus miradas llenas de pesadumbre hacia el prodigioso Valle de Cartago.

Y con un gesto de reinas, a los cuatro indios güetares que conducían la doble litera, ordenaron seguir la marcha!

NUESTRA AMERICA

Por José Martí

(Fragmentos)

DE todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una bomba de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero.

Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada con el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz el vecino la soldadesca q' puede devorar las. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles que se han hecho de sí propios la escopeta y la ley, ama, y sólo ama, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición de que a caso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte ante los ojos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abno que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros sueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próxima, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría tal vez a poner en ella el codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuca a odios inútiles y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cer-

Aguardaron mucho rato. Luego se acercaron al precipicio y gritaron:

—Tata, tata!

Pasaron las horas; el sol se hundió más allá de las crestas de las montañas; la noche puso su capuz helado y negro sobre la selva y en el bosque se esparció el silencio imponente y solemne de las alturas.

Tiritando de frío, envueltos en el espanto de aquella noche, sumidos en la negra quietud, abrazados estrechamente, los dos huérfanos seguían repitiendo con la voz enronquecida:

—Tata, tata...!

La selva llena de ruidos extraños parecía sollozar del frío, la orfandad, el abandono en que para siempre quedaban los dos gemelitos.

Un cazador al día siguiente encontró casi muertos a los dos niños. Los llevó a su casa y avisó a los vecinos para que fueran a llevar los restos de Juan.

Después pasaron los huérfanitos a la casa de una bondadosa anciana, que vivía en la misma hacienda y que se hizo cargo de ellos. Yo me guardaba en mis excursiones de acercarme a aquella casa porque no quería ver en el corredor el cuadro de los dos chiquillos juntitos y siempre esperando; esperando en vano el regreso de "mama" para que les remendara la ropita cada día más andrajosa y el del "tata" para que les aderezara aquellas comidas de otros tiempos.

Sus vidas iban gastándose lentamente; y al fin, con suavidad, como una nota doliente que se diluye en la lejanía, como flores que se marchitan en los atardeceres helados, como dos pichones arrebatados del nido, sin la grata tibieza de un cariño, murieron llenos de murrias extrañas los "Panzoncitos del Alefante".

26 de marzo de 1911.

UN FILANTROPO ORIGINAL



N la Plaza España, frente a la antigua fachada en piedra de la Fábrica Nacional de Licores cuyo reloj marcaba las diez de la ma-

ñana, se detuvo mi abuelita ante el busto en bronce del Presbítero Cecilio Umaña.

—¿Quién es éste?— me preguntó la viejecita asegurándose los anteojos.

—Es el padre Umaña—contesté— el que hizo los primeros lavaderos para mujeres pobres; el que legó toda su fortuna al Hospital San Juan de Dios, donde puede verse su retrato, pintado al óleo, en el gran salón de recibo.

—No me digas más. Yo lo conocí. Vivió y murió en la casa de Memita Castro, la esposa de Tata Pinto, a la que llamaban "La Churrisca"; era tía del doctor José María Castro, uno de los mejores presidentes que tuvo la República. "La Churrisca" fue una gran dama, sumamente caritativa y piadosa, que construyó con fondos propios la Iglesia del Carmen, que hoy existe sin la torre que demolieron después de los terremotos de 1910. Su marido don Antonio Pinto, el portugués, fue el fundador de la familia Pinto en Costa Rica; llegó a General por méritos de guerra, fue íntimo amigo de don Braulio Carrillo y se distinguió por su arrojo y generosidad. ¡Era muy valiente y muy echador de ajos! Según oír decir a mi tática, el padre Umaña, como buen josefino, fue un cura liberal, republicano y patriota, que defendió la independencia, fue enemigo de los imperialistas de Cartago y animó al Presidente Carrillo para que se decidiera por la guerra contra los alajuelas, los heredanos y los cartagos, que terminó con la victoria del Virilla. Tata Pinto era comandante general de las tropas josefinas, y don Braulio Carrillo

Presidente de la República. De estas cosas nadie se acuerda. El padre Umaña era enemigo de toda clase de desórdenes y por eso fué carrillista furibundo admirador y quería al "Sapo de Loza", como llamaban sus enemigos a Carrillo.

Mi abuela miró atentamente el busto y acercándosele, exclamó: ¡Mira, hijo, si hasta el bizco le pusieron! Sólo que aquí se le ve una sotana de buen corte y cuello de encaje. No era así el padre Umaña. Vestía muy descuidadamente y llevaba raído el sombrero, rotos los zapatos, la sotana y la esclavina desgarradas. Tenía fama de avaro y lo era, ¡pero qué modo más raro de ser avaro! Era muy rico, prestaba dinero al rédito y jamás dió una limosna. Fundó una escuela para enseñar a niños pobres la doctrina, a leer y escribir. Buenos palmetazos daba todos los días: los gritos de los muchachos castigados alborotaban el tranquilo vecindario. Decía el padre que así los libraba del diablo, haciéndolos entrar por el camino derecho. ¡Oh!, era muy bravo, muy cascarrabias. Sus sermones, aparte la buena intención de siempre, daban más bien risa. Gesticulaba furioso en el púlpito y amenazaba con el infierno a los que vivían juntos, es decir, sin casarse; a los que bebían guaro; a las mujeres coquetas y livianas; a los amigos de andar con la honra ajena en la boca. Sus sermones terminaban siempre pidiendo plata, reprochando a los tacaños que negaban dinero a la casa de Dios a su culto y a sus sacerdotes.

¿Sabes dónde quedaba la casa de Tata Pinto? En la esquina opuesta a la Iglesia del Carmen.

Yo interrumpí: Fui muchas veces —dije— a esa casa, que era de corredor con baldosas de ladrillo rojo, a comprar galletas, panes y pan de paloma, pues allí estuvo muchos años la panadería de Pochet; el caserón que construyera Tata Pinto era sólido, fuerte, y recuerdo cuánto costó derribar los muros que estaban fuera de línea, duros como piedra. Así construían aquellos viejos!

Mi abuela era desenfadada y contaba historias picarescas con inocencia; criada en contacto con la tierra, en una sociedad sencilla, no era mojigata y reía de buena gana las debilidades del prójimo, siempre que en ello no hubiese maldad o irrespeto a Dios. Debo esta explicación a su memoria antes de refirir lo que sigue.

La viejecita me tomó de un brazo y me guió hacia un banco frente al busto del padre Umaña.

—Te voy a contar una historia que muy pocos saben —dijo con gesto malicioso, por lo cual yo esperé una historia picante e ingenua—. Pues es el caso que el padre —y al decirlo la viejecita miró hacia el busto— tenía cariño especial a una muchacha con fama de buena y hacendosa, llamada Juanita; cariño de abuelo y de sacerdote; quiero decir que la quería como Dios a sus criaturas. Una madrugada llegó un peón a decirle que una de sus vacas estaba en trance apuradísimo y era preciso llevar a alguien que la ayudara a salir del peligro, o el animal se moriría. El padre, refunfuñando, se levantó y fué a esas horas —serían las tres de la madrugada— al potrero de Chile de Perro; pero cuando llegó nada había que hacer, pues la

vaca, girando sus grandes ojos tristes llenos de lágrimas, lamía amorosamente al pequeño ser que tanto dolor le causara. El padre bendijo la vaca y su cría y se volvió a su casa. Pero en llegando no más a la puerta, se encontró con un muchacho que le rogó fuera volando a casa de Juanita y llevara los santos óleos, pues la muchacha se moría de cólico miserere, o algo así que la había atacado de súbito. El padre, muy asustado, corrió hacia la casa de Juanita, que vivía con su madre en la calle del Paso de la Vaca. Cuando llegó encontró a la madre de la chica en tremendo estado de agitación, entre desolada y furiosa.

—¿Quién se lo hubiera imaginado, padrecito? ¡La hipocritona, la santica! Dentre pa que vea y pa que lo vea la muy sinvergüenza.

El padre se acercó a la cama donde Juanita, blanca como las sábanas, parecía dormir. Una cría turita recién nacida, lloriqueaba a su lado. Enjarrada, la sorprendida madre interrogó al sacerdote con una mirada fulminadora. El padre, que tenía en la casa una perra fina con perritos, una gata cazadora con gatitos, y venía de auxiliar una de sus vacas que acababa de tener cría, se cruzó de brazos silenciosamente y quedó un rato pensativo; luego se acercó a la cama, extendió las manos sobre la madre y el niño, bendiciéndolos.

Después se volvió hacia la madre de Juanita y le dijo casi al oído: —Dios Nuestro Señor nos manda perdonar las flaquezas del prójimo. La carne es flaca. ¡No somos nada!— Y salió a escape con toda la velocidad que le permitían sus viejas piernas. Cuando llegó a su casa clareaba el alba tras los gigantescos árboles del alto de Cuesta de Moras. Muy agitado, a grandes zancadas, iba y venía a lo largo del corredor de la casa de Tata Pinto. Ahora estaba furioso, iracundo. ¡Quién lo creyera! ¡Tan sumisa, tan religiosa, tan modosita! En esto llegó el sacristán del Carmen a pedir órdenes para el primer toque.

—¿A qué toco?

El padre respondió con un gruñido airado.

—¿A qué toco, padrecito?

Entonces se volvió hacia el sacristán y le gritó furibundo:

—¡Que toquen a parir! ¡Andá, que toquen a parir! Pare la vaca, pare la perra, pare la gata y ¡pare Juanita! ¿No lo están oyendo! ¡Que toquen a parir!

El padre bufaba de cólera.

Mi abuela reía a carcajadas. Después continuó: Una vez cierta mocita, de muy buena familia por cierto, que tenía un novio a quien no querían en la casa, deseaba ir a la procesión del Viernes Santo. La madre se lo prohibió, pues temía que la obligación fuera un pretexto—como en efecto lo era—para verse con el galán. La muchacha, despechada y llorosa, fué a la cocina, cortó un pedazo de tasajo, lo asó en las brasas y se lo comió de pura rabia. ¡Figúrate, en Viernes Santo semejante pecado! Cuando se arrepintió fué a consultar con el padre Umaña, al que contó el miedo que tenía de irse al infierno; el padre, colérico, la despidió con estas palabras:—Hartáte de carne; lo único que te prohíbo es que comas prójimo.

—¿Caramba!—dijo—El padre

no era muy puntilloso en cuanto a dogmas y creencias.

—¡Qué va!—dijo mi abuela—. Una vez estaba en el púlpito del Carmen rezando la novena a San Francisco. Cuando llegó a la parte que se refiere a ciertos milagros del Santo, dirigió estas palabras a sus feligreses:—Lo que sigue aquí son puras mentiras; pero el que quiera creer, que crea. Y siguió muy campante el relato de inverosímiles milagros que en la novena atribuían al pobrecito de Asís. ¿Qué te parece? La verdad es que era medio loco. Ja, más daba limosna a los pobres, pues decía que la limosna no remedia nada, ofende a Dios y humilla al que la recibe. Cuando el guen, al verlo tan desastrado le decía:— Pero, padre, ¿por qué no se compra una sotana o unos zapatos? ¿Para qué quiere tanto dinero?—él contestaba con su voz de bajo profundo:—¡Para vos, hijo, para vos!—Otras veces era una señora que se dolía de verlo tan raído y con los dedos de los pies casi de fuera:—Pero padre, por Dios, cómprese unos zapatos, y una sotana, y un sombrero. ¿No ve que como anda es muy feo que lo vean? ¿Para qué quiere tanto dinero?—Y el padre contestaba con su respuesta invariable:—¡Para vos, hija, para vos!—"Para vos, hija, para vos" expresaba la idea que tenía ya metida en la cabeza, de amasar un capital fuerte para convertir el Hospital de San Juan de Dios en verdadero Hospital, pues en aquel tiempo era un casuchón viejo, pobrísimo, y situado en lo peor de la ciudad; cerca de donde echaban las basuras y se formaban lagunas de agua verduosa y podrida. Cuando el padre Umaña murió, dejando toda su fortuna al Hospital de San Juan de Dios, entonces se construyó un Hospital de verdad. ¡Con ese propósito el padre Umaña fué avaro; por eso vivió miserablemente!

Creo —continuó diciendo la anciana— que ahora está en el cielo, al lado de San Vicente de Paul y de San Juan de Dios, los apóstoles de la caridad.—Y con voz trémula y emocionada terminó:—Fué un santo!

Yo me incliné reverente ante el bronce que perpetúa la memoria del buen sacerdote, del noble avaro, del original filántropo, mientras reflexionaba que, en efecto, la limosna es un acto de orgullo de quien da, que humilla y ofende a quien la recibe, mientras que la beneficencia es grata a los ojos de Dios, fecunda en resultados prácticos, anónima y bienhechora. El avaro sacerdote, al negarse a dar limosnas y al vivir miserablemente para así amasar una gran fortuna, sin duda soñaba, inflamado de amor y de caridad, en fundar hospitales, orfanatos, asilos de locos, de otros felinatos desvalidos y de muchachas perdidas. Fué un santo que practicó el profundo pensamiento que dice: "La limosna es a la beneficencia como la mueca de un mono a la divina sonrisa de la Gioconda".

—Todo lo que acaba de contar —dije a mi abuelita— es muy interesante y algún día lo voy a publicar tal como usted lo ha referido.

Ella se indignó protestando que esas cosas no debían publicarse, pues el padre Cecilio Umaña era digno de la veneración de los costarricenses y de todos los hombres de bien.

Yo así lo creo.

canía de otros pueblos diversos, caracteres particulares y activos de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara peerederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del Continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la cosa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueros, ni mira caritativo desde su eminencia aun mal segura a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. Porque ya sueña el himno unánime: la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Brasil a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí por las naciones románticas del Continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva.

La SONRISA de ECA de QUEIROZ

Por RAMON SENDER

LA reimpresión de "La Reliquia", de Eca de Queiroz, en los Estados Unidos (la primera edición se había publicado en 1925), refresca la actualidad de aquel novelista portugués tan amado por los españoles y los americanos de habla española. Porque Eca de Queiroz es uno de los escritores a quienes se ama y se admira al mismo tiempo. Un hermano, un confidente, un mentor.

Y para mi gusto, el primer novelista de la Península, en la segunda mitad del siglo XIX. Sólo se le puede comparar el sólido y substancioso Clarín de "La Regenta". Pero si Clarín era ocasionalmente más fuerte en los tonos sombríos, en cambio Eca de Queiroz era más armonioso, más hábil y más rico en matices.

No tuvo Eca de Queiroz una vida muy larga. Murió a los cincuenta y cinco años (la juventud de la vejez, como dicen los viejos casuistas) en 1900. Su obra tampoco fué tan extensa como la de algunos novelistas de su tiempo. Pérez Galdós escribió mucho más. Pero Eca de Queiroz tenía un riguroso criterio selectivo, y si escribía mucho, no publicaba sino lo que le parecía absolutamente logrado.

Eca de Queiroz comenzó a escribir muy joven. Uno de sus biógrafos, Ernesto G. da Cal, dice refiriéndose a los primeros escritos del novelista recogidos después de su muerte y publicados en 1905 bajo el título de "Prosas barbas": "Esos trabajos primigenios revelan una multitud de influencias: la fantasía de Hoffmann, la erudición de los parnasianos, una melancolía a lo Poe recogida de las traducciones francesas de Baudelaire y cierto lirismo germánico a la manera de Heine. Todo esto presentado en un nuevo y provocativo lenguaje afrancesado, serpentino, nebulosamente lírico." Muchas de estas cualidades había de mantenerlas Eca de Queiroz a lo largo de toda su obra.

Pero tiene otras virtudes más sólidas y, sobre todo, más personales y propias, como se advierte en su primera novela "El Crimen del Padre Amaro", publicada en 1875, cuando el autor tenía treinta años. Es una sátira sutil contra la corrupción del clero en la atmósfera quieta y llena de resonancias antiguas de una ciudad de provincias.

"El Crimen del Padre Amaro" consagró a su autor como el primer novelista de lengua portuguesa y uno de los primeros de Europa. Resumía esa novela todas las preocupaciones de la famosa generación de 1865 comparable en algunos aspectos a la generación española de 1898. El sumo sacerdote de la generación portuguesa fué el poeta Antero de Quental, lírico, místico y obsesionado por la expresión de la angustia humana. El poeta escribió los mejores sonetos que tiene la lengua portuguesa y acabó tristemente, suicidándose. No es esa angustia lo que caracteriza la obra de Eca de Queiroz. Nunca existió un hombre mejor dispuesto a los gozos de la vida. Pero sabía que hay una amargura escondida detrás de cada deleite y lo aceptaba con una sonriente resignación.



En Eca de Queiroz encontramos un reflejo del aticismo de Voltaire dulcificado por la fe en la armonía de contrarios, es decir, en la tendencia de todas las cosas a una forma de equilibrio superior. A pesar de los escepticismos más o menos a la moda en la Europa de entonces, ese autor que tanto amó la literatura y la vida francesa, tenía un fondo idealista, y su idealismo, una proyección religiosa. El resultado de esas cualidades era un actitud con templativa a un tiempo severa y sonriente. La vida es dura, pero la percepción de esa dureza nos hace superiores a la vida misma. ¿Cómo? Por la idea. Y la idea puede ser amable y dar a las desventuras nuestra una calidad transcendental.

El padre Amaro, protagonista de la primera gran novela de

Queiroz da pretexto al autor para un vigoroso estudio de carácter. La fuerza ciega de los sentidos, la necesidad de mantener un decoro impuesto por la moral eclesiástica, las turbaciones de un ánimo poderoso y confuso prestan a la obra matices y sombras inolvidables. Pero en ésta, como en todas las novelas del gran autor, la vida triunfa del caso y nos deja ver un orden secreto más allá de la confusión de los sentidos.

Era aquella la época de las tesis polémicas y de la mente liberal, este es, abierta y dispuesta a decir las cosas como son. El siglo XIX, caracterizado por las contiendas entre la fe y el libre examen, tocaba a su fin. Parecía, a juzgar por los escritores peninsulares, incluidos Galdós, Clarín, Vela y la Pardo Bazán, que la batalla la había ganado el liberalismo. Tal vez era verdad en el mundo de las letras. Pero las armas decían, de vez en cuando, su palabra sangrienta.

En 1878 Eca de Queiroz publicó "El primo Basilio", con un tema parecido al de "La Regenta" y a "Madame Bovary", de Flaubert. Era una descripción luminosa de la clase media de Lisboa con sus fuertes instintos y sus no menos fuertes prejuicios. Dos años más tarde, "Los Maias", sátira brillante de la aristocracia de la época y en 1887, "La Reliquia".

Mantiene "La Reliquia" el tono de las anteriores obras en materia social, estética y moral, pero tiene un fondo más religioso a

pesar de su furioso anticlericalismo. Algunos críticos americanos hablan de su irreligiosidad, pero no hay tal. No hay que confundir eso con la sátira anticlerical. Incluso la Inquisición sabía distinguir, en el siglo XVII, entre lo uno y lo otro y permitía a Quevedo las más violentas sátiras contra las supersticiones y los vicios eclesiásticos mientras no tocara a los dogmas.

Hay en "La Reliquia" dos tipos que quedarán permanentemente en el repertorio de las criaturas de ficción: la mujer rica, "beata" y respetable y el sobrino disoluto, que espera su muerte para heredarla y que se finge piadoso y va incluso a Tierra Santa a buscarle una reliquia. El nombre del sobrino —Raposo— recuerda el de otros famosos mixtificadores, como "Volpone", de Ben Jonson y "Tartufo", de Molière. El final de la novela tiene un toque grotesco por el error de Raposo al abrir su equipaje de peregrino de costumbres muy poco ascéticas. Pero entre el principio y el fin, el panorama de Galilea tiene la unción y la belleza de las evocaciones de Renan.

El mismo año de su muerte, publicó Eca de Queiroz "La ilustre casa de Ramírez", y en 1901 vió la luz una novela que con el título "La Ciudad y las Montañas" fué considerada por algunos críticos como un borrador incompleto. Si es así, era un borrador primoroso y tan lleno de matices delicados y originales como "La Reliquia". Esta novela póstuma es una añoranza del país natal

LA PUBLICACION DE UN

ANUNCIO

EN TAMAÑO IGUAL A ESTE
3 Col. X 6"

EN TINTA DE COLOR O EN NEGRO Y BLANCO

CUESTA SESENTA Y TRES COLONES

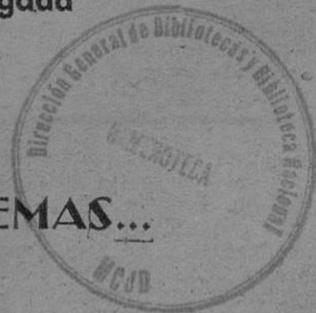
¢ 3.50 la columna por pulgada

Aproveche la amplia
circulación y el gran
interés de este

SUPLEMENTO ADEMÁS...

Un anuncio publicado
representa

un negocio bien llevado.



liricas de Roberto Brenes Mesén.

Estimado señor Director:

Los primeros acordes de esta sinfonía de severa majestad forman el motivo de una profunda inquietud. La inquietud sagrada que anuncia las tempestades del pensamiento, que precede, cual heraldo de oro, las fanfarrias wagnerianas de un porvenir fecundo.

Se insinúa tal inquietud, que luego vemos saturar todas y cada una de las poesías del pequeño libro de Brenes Mesén, en doce endecasílabos de perfección absoluta. Es el recuerdo inefable del resplandor de otra vida; el recuerdo de un instante fugaz y eterno. Fugaz porque deja de existir en el mismo instante en el que empieza a ser. Eterno, porque, en la grande teoría de los momentos, vuelve con constancia reveladora de una armonía infinita. La memoria de un ensueño vivido bajo una tienda que nos habló ese otro grande poeta costarricense Rafael Cardona, surgen todas las cosas. Las bellezas de la Naturaleza nacieron cuando Dios se puso a pensar. Las bellezas del Arte y de la Ciencia fueron, por primera vez, cuando el hombre, el heredero directo de la majestad divina, se dispuso a meditar.

De filosofía encantadora es la Visión que desciende hacia nosotros como descienden en la escala dorada los ángeles graciosos del cuadro de Burne-Jones. El mundo es pensamiento. Todo, hasta la materia inerte que parece que no piensa, todo es pensamiento en el universo. Del cofre mágico del que nos habló ese otro grande poeta costarricense Rafael Cardona, surgen todas las cosas. Las bellezas de la Naturaleza nacieron cuando Dios se puso a pensar. Las bellezas del Arte y de la Ciencia fueron, por primera vez, cuando el hombre, el heredero directo de la majestad divina, se dispuso a meditar.

Sofiar no es sino descender el velo de pensamiento que rodea los objetos. Pensar no es otra cosa que adorar al Creador de todos los seres. En la idea se encuentra la fuerza maravillosa que se esconde en la simiente a la que Brenes Mesén dedica una de sus poesías. Es el pensamiento como la simiente. Cava la roca y en ella va formando su despensa y sus pilares. Lanza desde la piedra ingrata sus brotes verdes que luego aparecen entre las grietas como una esperanza, como una aspiración. De esa esperanza, de esa aspiración nace la planta esbelta y armoniosa: la plegaria de los suelos a los cielos; la idea de los humanos que sube a confundirse con los deseos de los divinos. Se abre la flor encantadora cuyo único grande anhelo es transformarse en fruto. De la misma manera los pensamientos de los buenos tienden a convertirse en caridad, en fe, en esperanza. Las tres grandes virtudes que traspasan la amargura en dulzura, la tristeza en alegría. Así lo hace el Hada diminuta a la que se refiere el Artista en las líricas tituladas *La flor y La fruta*. Hada pequeñita que trabaja noche y día preparando el alma llena de almíbar de la fruta en cuyo seno de suavidad se encierra el bosque del mañana; la selva oscura de la que ha de partir el hombre, nuevo Dante, hacia las supremas regiones en donde reina el Amor que mueve el sol y las demás estrellas.

En la siguiente composición murmura la fuente sus quejas delicadas. Repite con cariño un nombre santo. Llena el silencio de los bosques con un pensamiento de pureza que anuncia bellezas inefables. Así anuncian encantos por venir las canciones saturadas de ternura de la mujer que lleva en su seno una nueva vida ante la cual la selva de pensamientos de la humanidad con respeto inclina la frente.

Es admirable la descripción que el Artista hace de una tarde en su poema *Crepúsculo*. En ella se escuchan los acentos deliciosos de las horas últimas del día. Se aprecian los matices acentuados de las nubes que el Poeta admira en un coro como en las antiguas tragedias. Bella visión que demuestra el significado que como artista sincero tiene el autor de *Voces del Angelus* quien supo ir por la más enhiesta senda hacia la más excelsa cumbre.

Más allá, en este volumen saturado de bellezas, nos domina el encanto del fuego cuyo espíritu inquieto ilumina todas las cosas. Al ser bañadas por el reflejo enigmático, adquieren nueva expresión.

Casi al mismo tiempo llega a nosotros el rumor de las ondas del inocente elemento original sobre las que se posaron los pies desnudos del héroe humilde de Galilea. En ese elemento boga nuestro barco, callado barco muerto. Busca, como el bajel fantasma de la leyenda saturada de brumas, un puerto en donde echar el ancla para siempre, en donde no se sientan otras ansias que las de una inmortal partida hacia el paraíso del olvido.

llena de vibraciones tardías para un hombre que tal vez sentía la proximidad del fin. Todavía dejó otra novela, "La Capital" de proporciones monumentales, no terminada al parecer, que publicó en folletón "La Nación, de Buenos Aires" allá por los años 1926 o 1927, si mal no recuerdo.

En toda la obra de Eca de Queiroz se observa una sorprendente unidad. El realismo es en la novela de la época la proyección directa de la superficie de la realidad, es decir, de lo más aparente de las cosas. El naturalismo

pretende ofrecernos, además, la naturaleza entrañable de esa realidad. Unas veces dentro del alma de los personajes. Otras, fuera, en el mundo exterior. La obra del famoso portugués está en un plano equidistante de los dos extremos naturalistas y realista. El naturalismo, visible en sus primeras novelas va atenuándose hasta desaparecer en las últimas. Lo mejor de Eca de Queiroz es siempre la ponderación y la medida.

Eca de Queiroz se revela entero y verdadero en sus "Cartas a Fradique Mendes" publicadas

también después de su muerte en 1901. Es Fradique un personaje inventado para dar aire de diálogo a lo que es en realidad un monólogo. Allí se confiesa el novelista y nos permite ver su formación cultural, sus preferencias, la complejidad de su mente, la modernidad y la valentía de sus ideas estéticas, morales y filosóficas. Se ha dicho de Fradique Mendes que es un "dandy" según la definición que del dandysmo hizo Baudelaire. Pero no es un escéptico amargado como el autor de las "Flores del Mal", ni un ir-

nista agrio como su contemporáneo Anatole France.

No lleva Eca de Queiroz la amargura dentro, sino que la extrae del contraste entre los principios morales de la sociedad y sus contradicciones en la acción. "La Reliquia" es una de las novelas donde se observa mejor esa contradicción, y a través de ella, el espíritu vasto, profundo y, sobre todo, comprensivo y tierno de Eca de Queiroz cuya vida y cuya obra parecen estar presididas por una sonrisa serena, bondadosa y juvenilmente provocativa.

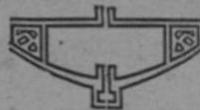


ASI
VISTEN
ELLAS

AMALIA
CARRILLO

La gracia tiene
un florecer de
aurora... Y es
aroma el instan
te iluminado...
Por eso canta
en la quietud
del lirio, la per
manencia eter
na de su bella
esfigie...

(FOTO
AREVALO)



El misticismo que llena casi todas las líricas de este poeta de verdad es un misticismo sano, activo, sincero. No se anula en ejercicios de anacoreta ni en silencios pasivos. Por el contrario, es un misticismo artístico que satura de esperanza y de acción cada una de las frases que pronuncia.

Voces del Angelus, como *Hacia nuevos umbrales*, contiene poesías que necesariamente dejan mucho en el alma y despiertan profunda admiración hacia ese hombre de estudio quien en todos los momentos de su vida logró ser un verdadero maestro del arte y de la sapiencia. Aun cuando inclina su alma en primavera ante la Beatriz del Dante, es decir, ante los secretos encantadores de la teología entonando laudes a los cielos y a las tierras. Recuerda que es deber primordial del hombre recoger de sus dolores y de sus alegrías los perfumes más penetrantes, saturar con ellos las propias palabras y lanzarlas al aire. Como quien arroja flores sobre una multitud para que caigan los pétalos de matices delicados en los hombros de quienes tal vez nunca han sentido las mismas inquietudes y de quienes siempre escuchan, en la voz interior que constantemente les habla, la angustia del dolor de pensar...

Con simpatía constante saluda al señor Director de LA RE-PUBLICA,

LUZ DEL ALBA